

33

52

9

177

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

1866

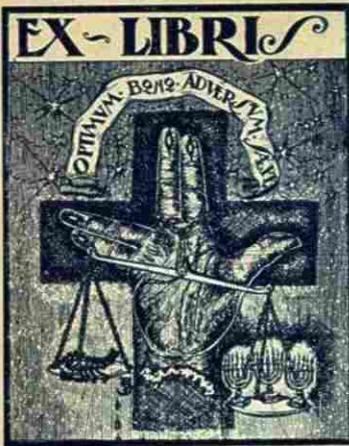
1866

1866

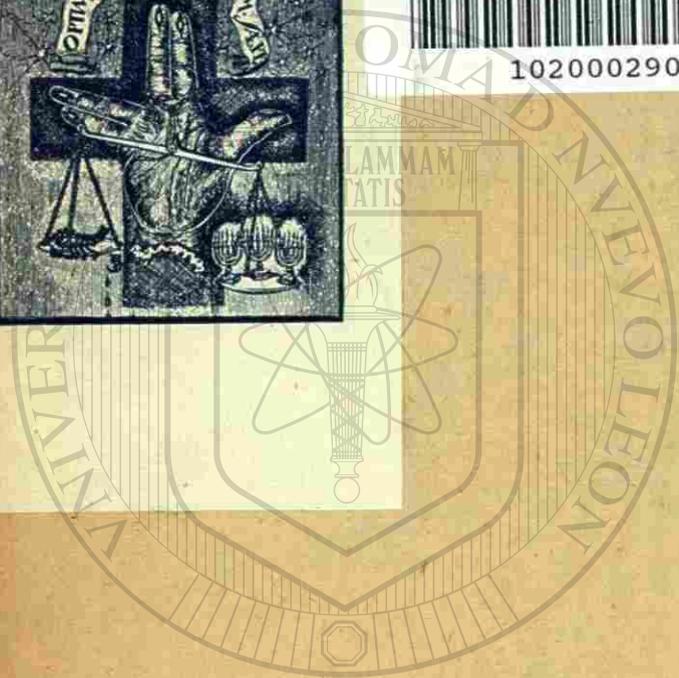
1866

1866

1866



1020002908



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

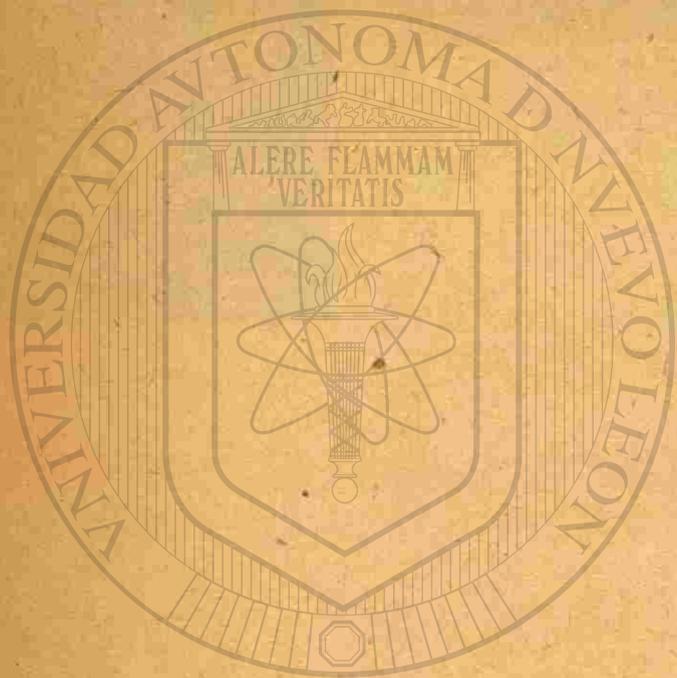


®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*reg. \$25- (reinv.) -
licencia peso -
mayo de 1942
J.T.*

104593



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

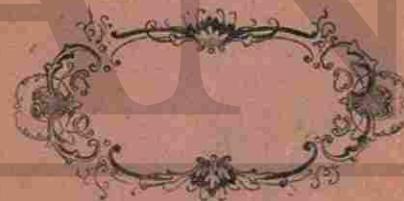
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

QUERETARO ✓

APUNTES DEL DIARIO

DE LA PRINCESA

Gués de Salm-Salm ✓



MEXICO ✓
Tipografía de TOMAS F. NEVE
Callejón de Santa Clara número 9

QUERETARO

APUNTES DEL DIARIO

DE LA PRINCESA

INES de SALM SALM

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR

E. B. de B.



MEXICO

Establecimiento tipográfico de TOMAS P. NEVE
Callejon de Santa Clara número 9

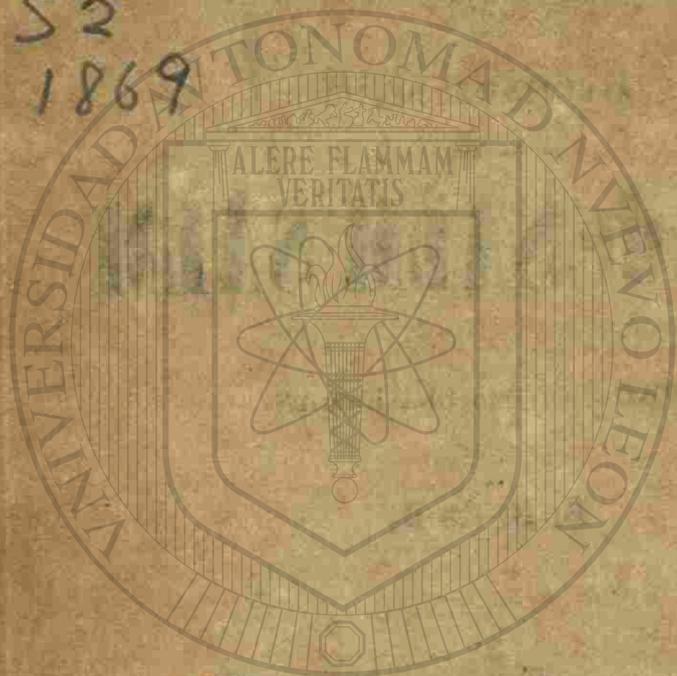
1869

F 1233

S 252

52

1869



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Introducción.

MUCHO se ha escrito, principalmente en Europa, con relación á los últimos acontecimientos que prepararon la caída del imperio que se pretendió establecer en México, con el príncipe Fernando Maximiliano de Hapsburgo á la cabeza, pero desfigurando siempre la verdad unas veces á favor de un partido, otras en contra, no se ha conocido una relación de los hechos tal cual pasaron.

Los príncipes de Salm-Salem que acompañaron en Querétaro al infortunado príncipe hasta sus últimos momentos, han dado á luz el diario que formaron de todo lo ocurrido desde el asedio de aquella plaza por las huestes republicanas hasta el trágico fin de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, donde concluyó el ensayo de la plantación de un imperio en este país, arrancando el cetro de las manos del descendiente de Carlos Quinto con su vida.

Esos hechos hasta en sus más lijeros pormenores se encuentran registrados con la verdad histórica que merecen en los diarios del príncipe Félix y de la princesa Lués de Salm-Salm, descansando sus apuntamientos en documentos que merecen entera fé.

Ambos escritos son dignos de conocerse en este suelo, y á reserva de publicar más adelante el del príncipe, sacamos hoy á luz el de la princesa su esposa, seguros de que será visto con agrado por la imparcialidad con que está redactado, así como por su sencillez y claridad.

Al hacer la traducción y publicar este cuaderno no tenemos ningunas pretensiones; queremos únicamente dar á conocer un escrito en que se consignan hechos que la historia deberá recoger para utilizarlos más adelante cuando calmadas las pasiones y borrados con las huellas del tiempo los odios que dividen á los mexicanos pueda escribirse con entera imparcialidad y buena fé la relación de cuanto ha ocurrido en estos últimos años.

Tal es el único deseo de

El traductor y los editores,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

durante los últimos seis años he oído y visto muchas cosas. En la guerra civil de los Estados Unidos, acompañaba casi siempre a mi marido; de modo que pude ser testigo ocular de muchos acontecimientos interesantes, y tuve la ocasión de conocer personalmente casi a todos los generales y á otras personas que hacían un papel principal en aquel período revolucionario.

También he vivido largo tiempo en Nueva York y en Washington, donde tenía que entrar en relaciones con los hombres de Estado, principales de la época, por ciertos fines que me había propuesto; y oía y observaba varias cosas.

Cuando seguí á mi marido para México, hizo la casualidad que me tocó igualmente algún papel en la tragedia que acaba de representarse en aquel país.

En una palabra, muchos de mis amigos, en la inteligencia de que haya visto tantas cosas, y opinando que tengo mucho que contar, han insistido en que publicase todo lo que ha acontecido durante los últimos seis años. Les he prometido hacerlo, pudiendo cumplirlo, tanto mas fácilmente cuanto que tengo la costumbre de llevar un diario y poseo además una memoria excelente.

Pero hasta ahora no he podido hallar ni tiempo ni ocio para llevar á cabo mi proyecto, é ignoro si se facilitará dentro de poco tiempo. Mas mi marido que está actualmente publicando un diario escrito en México, me rogó que diera á lo meson un breve relato sobre aquella época, y sobre los sucesos en que tuve parte principal, lo que no pude negarle.

Aunque las hojas siguientes no son completas, tal vez pueden servir para aclarar algunos sucesos que tuvieron lugar



durante los últimos días del malogrado Emperador Maximiliano.

El Emperador se hallaba sitiado en Querétaro por los liberales y mi marido estaba á su lado. Hacia mucho tiempo que no habíamos sabido nada de ellos, y los rumores mas contradictorios circulaban en México. En aquel tiempo no vivía en la misma capital, sino en casa del ex-cónsul general mexicano *D. Federico Hube*, en Tacubaya, un lugar sumamente ameno, unas millas distante de la capital, y donde muchos mexicanos opulentos poseen unas quintas lindísimas.

En el mes de Marzo de 1867, supimos que el general Márquez había llegado de Querétaro con 3000 hombres y que todo México se hallaba en la mas grande excitacion. Estando por supuesto sumamente ansiosa por tener noticias de mi marido, supliqué al Sr. Hube que me acompañara para hacer una visita al general Márquez.

El general me recibió con mucha amabilidad. Era entonces un hombre grande, y se complacia extraordinariamente en semejante papel.

El Emperador le había nombrado su lugarteniente, y él se conducía y hablaba del Emperador, como si este fuese de cierto modo su pupilo, y él mismo el personaje principal en todo México. Con todo eso estuvo sumamente afable para conmigo y su rostro moreno y maligno se puso casi risueño y cariñoso. Tenía sus barbas recortadas que cubrían antes una honda cicatriz en su mejilla, la que provenía de un balazo y no le embellecía absolutamente.

El general hablaba de mi marido de la manera mas lisonjera. Le llamó uno de los oficiales mas valientes de Querétaro, y me contó que se había señalado últimamente por haber tomado seis piezas con muy poca jente, y que, por este bizarro comportamiento, él le había condecorado y que él le había nombrado general, aun en la víspera de su marcha.

También hicimos una visita al general Vidaurri recientemente llegado junto con Márquez; que confirmó que todo estaba de lo mejor en Querétaro; hablando al mismo tiempo en los mejores términos de mi marido, á quien segun decia, amaba como á su hijo.

Las buenas nuevas del ejército del Emperador causaron gran júbilo en México, y hubo fiestas, bailes y fuegos artifi-

ciales durante los diez días siguientes en que Márquez se preparaba como decia: "segun las instrucciones del Emperador," á marchar al encuentro de Porfirio Diaz, quien estaba con un ejército liberal en marcha contra Puebla.

Al fin quedaron concluidos los preparativos, y las tropas imperiales se marcharon de México; no se quedaron para guardar la capital mas que unas pocas tropas mexicanas, cuyo número era tan insuficiente, que no podían detener al enemigo de aproximarse á la capital, solo unos pocos pasos afuera de las garitas. Hubo diariamente pequeñas escaramuzas dentro y fuera del mismo Tacubaya.

Tres días despues de la marcha del ejército, se esparció en México el rumor de que Márquez había ganado una gran victoria, derrotando completamente á Porfirio Diaz y dispersado á todo su ejército. Pero este rumor no tuvo una larga consistencia, porque ya en el próximo día, el mismo general imperial vino á la capital como fugitivo, solo acompañado de unos doce jinetes y adelantando en toda prisa por unas doce horas á su ejército derrotado. El 8 de Abril había sufrido cerca de San Lorenzo, una derrota vergonzosa perdiendo toda su artillería.

Si Porfirio Diaz hubiese sido bastante fuerte para guardar paso igual con su enemigo que estaba huyendo delante de él, habría podido entrar en México sin encontrar alguna resistencia. Pero no se presentó sino unos tres días despues en las cercanías de la capital; cuando nuestro ejército desmoralizado ya se hubo algo recobrado de su susto.

La vanguardia de los liberales pasó delante de nuestra casa en Tacubaya, y me admiraron sus hermosos caballos y los bellos uniformes que habían en su mayor parte conquistado de nuestras tropas. Tacubaya y Chapultepec fueron ocupados por los liberales sin alguna resistencia, y se comenzaron los preparativos para el sitio de México.

En la noche siguiente soné que veía á mi marido próximo á morir. El Emperador estaba inclinándose sobre él, y dijo con tono afligido: ¡Oh! mi querido, vd. no debe dejarme solo. Mi marido pronunció mi nombre; á su alrededor se batieron, y por todas partes vi sangre y todos los horrores de una batalla.

Este mismo sueño se repitió en la próxima noche. Ví á mi

marido luchar con la muerte y le oí llamar mi nombre. Por todas partes se batian con furia, todo estaba envuelto en tinieblas, y los relámpagos se cruzaban. El mismo sueño se repitió también en la tercera noche, y mi marido me llamó con voz mas fuerte aún que ántes.

Semejantes sueños, tres veces repetidos, me causaron una inquietud suma, tanto mas, cuanto que creo en sueños; y vine á tomar la determinacion de ir á México para consultar con el Ministro de Prusia, Baron de Magnus, y con los jefes de las tropas extranjeras, para saber si se podia hacer algo para salvar al Emperador y á mi marido, que me parecian estar en el mayor peligro.

Cuando comuniqué al Sr. Hube que queria ir á México, se opuso éste con toda enerjía y se encolerizó mucho. Me dijo que haria cuanto estuviese en su poder para hacerme desistir de semejante locura; puesto que él era responsable de mi seguridad, porque mi marido me le habia confiado á él; y que por tanto nunca sufriría que yo cometiera un desatino tan manifesto.

El Sr. Hube y su señora me habian recibido en su casa hospitalaria, con la mayor amabilidad, tratándome con un amor y un desinterés, como si fuese su propia hija; sentí sobremanera hacer alguna cosa que les causara tanto disgusto, pero hay impulsos á los que no se puede resistir, y contra los cuales todas las razones del entendimiento, son completamente impotentes. Me parecia que una fuerza irresistible me impelia á seguir la voz de mi corazón, y vine á tomar la determinacion irrevocable de llevar á cabo mi designio, venga lo que viniere; aunque creí conveniente darme la apariencia que las advertencias del Sr. Hube hubiesen hecho alguna impresion en mi ánimo.

Tanto este señor, como su señora esposa, no tenian sin embargo plena confianza, temiendo continuamente que me escapase durante la noche, por cuya razon no solamente se cerraba, como de costumbre, el zaguán, sino que el Sr. Hube quitaba también la llave y se la guardaba consigo en su recámara.

Estas precauciones entorpecieron por cierto mis proyectos completamente; pero sabiendo que se abria la casa á las seis de la mañana para dejar entrar á los mozos de cuadra que dormian afuera, me puse en acecho, y viendo que en efecto

la puerta se abrió como de costumbre, me salí de puntillas por el zaguán, acompañada de mi camarera Margarita y de mi fiel compañero cuadrúpedo Jimmy. Mas el Sr. Hube, quien estaba acechando, salió de repente detrás de una esquina, y dijo con grande irritacion: ¿Qué sucede, princesa?—Buenos días, Sr. Hube, respondí con frialdad, y tomé el camino para la estacion del ferrocarril.

El Sr. Hube echó á correr por un camino mas corto, de suerte que al llegar á la estacion, ya le encontré allí. ¿A dónde quiere vd. ir? preguntó. A México, por supuesto, como le he dicho á vd., respondí sin hacer ninguna mencion de mis sueños y de mis designios de que solo se habria reido.

Me repitió de nuevo las razones que tenia para hacerme desistir de mi proyecto y no dejó de amonestarme seriamente. Dijo que podria encontrar la muerte ó esponerme á otros peligros entre los soldados groseros; agotando por dos largas horas cuanto le sujeria el sentido comun, con el fin de disuadirme de mi designio; más se entiende por sí solo que no me ha hecho mella alguna por estar una vez firmemente resuelta á hacer mi voluntad. Le dí mis mas espresivas gracias por toda la amabilidad que me habia demostrado y por la pena que se daba por mi causa, declarándole al mismo tiempo muy determinadamente que queria y debia irme. El buen anciano palideció y no habló otra palabra más para retenerme.

Tuve entonces que ir una legua hasta Chapultepec con Margarita y con Jimmy. Todo el camino estaba cubierto de oficiales y soldados enemigos; pero por haberme visto en casa del Sr. Hube, que es del partido liberal, todos me saludaron respetuosamente dejándome pasar libremente.

Al llegar á Chapultepec, pregunté por el comandante del castillo, coronel Leon, quien habia estado dos años en los Estados-Unidos y hablaba el inglés bastante bien. Le llamaron de una fonda donde estaba almorzando, y me recibió con suma política y amabilidad. Le dije que estando en gran cuidado por la situacion del Emperador y de mi marido, queria ir á México, con el fin de influir para con los jefes extranjeros á que se rindieran á Porfirio Diaz, si éste último se obligaba á garantizar la vida del Emperador y de los oficiales extranjeros, en caso que cayeran presos.

El coronel me decía que Querétaro no podría tenerse por más tiempo; porque la ciudad estaba tan estrechamente sitiada que la guarnición había de morir de hambre. Me dió sin vacilar el permiso pedido, bajo mi promesa de volver inmediatamente luego que supiera la opinión de los jefes extranjeros. Dándome su brazo me acompañó tres cuartos de legua hasta sus postas más avanzadas.

Aquí se despidió de mí y yo seguida de Margarita y de Jimmy, caminaba sobre el campo abierto hácia la garita defendida por una batería. Por ser conocida del oficial imperial que mandaba aquel punto, no tuve alguna dificultad en pasar. Los soldados colocaron vigas encima del foso de la trinchera y nos ayudaron á brincar encima del parapeto.

Me dirigí inmediatamente á casa del Baron de Magnus, á quien encontré en casa; pero fui recibida con alguna frialdad y una cortesía glacial. Creo que este señor me había tenido á mal el haberme hospedado, en contra de su opinión, frecuentemente espresada, en casa del Sr. Hube, contra quien, no sé por cuál motivo, estaba algo resentido.

Finjiendo no notar sus maneras ceremoniosas de diplomático, le dije: que mi intención al venir á Méjico había sido ver á los coroneles de Kodolitsch y Conde Khevenhuller. El coronel Leon había hablado de dichos señores con la mayor estimación por su bizarro comportamiento en la última batalla, y me había empeñado su palabra de honor que los dejaría volver libres á Méjico, en caso que vinieran á Chapultepec con el fin de conferenciar con él.

Las maneras del Baron de Magnus se cambiaron luego que supo mi plan y los pasos que había ya dado para llevarlo á cabo; esperaba mucho de eso, si quisiese dejarme conducir por sus consejos, con lo cual me declaraba conforme.

El ministro mandó ponerme coche, monté en él y fui á casa del coronel del Kodolitsch á quien no encontré sino en casa del conde Khevenhuller.

El coronel Kodolitsch estuvo al momento pronto á salir á hablar con el coronel Leon, pero bajo la espresa condición de que el Baron de Magnus no tuviese nada que hacer en toda la negociación, porque dicho señor estaba demasiado propenso á no seguir sino su propia cabeza; á lo cual le contes-

té que ya no podía retroceder por haber ya concluido un convenio con el mismo ministro.

Entonces los coroneles me prometían hablar tan pronto como fuera posible con sus oficiales y soldados y hacerme saber el resultado.

El Baron de Magnus me alojó con una señora de Michalowitz, una mejicana casada con un oficial austriaco, y en cuya casa me quedé la noche.

En la próxima mañana ví á los dos coroneles. El conde Khevenhuller opinó que sería conveniente rendirse desde luego. Decía que era evidente que Márquez hacia traición al Emperador, y que aunque él por su persona estuviese pronto á sacrificar cien veces su propia vida para este último, no tenía absolutamente ganas algunas de sacrificarse á sí y á sus soldados por el señor Márquez.

De lo contrario, Kodolitsch opinaba que no se debiera negociar una rendición, antes de tener noticias fidedignas de Querétaro y de saber la voluntad del Emperador; que, aunque estuviera pronto á escuchar las condiciones del enemigo, no podía reunirse con el coronel Leon, porque el jeneral Márquez acababa de dar una orden segun la cual cada oficial ó soldado que tratase de algun modo con el enemigo, sería fusilado en el acto.

Entonces les rogué á los dos que me dieran un poder por escrito, en cuya virtud podría negociar en nombre de las tropas extranjeras y de mis jefes; pero lo juzgaron igualmente demasiado peligroso, y desearon únicamente que yo me dirigiese al campamento de Porfirio Diaz, para hacerle las dos propuestas siguientes: la primera era que me permitiera á mí ó á otra persona ir á Querétaro para informar al Emperador del estado de las cosas de Méjico y recabar su voluntad, para cuyo objeto se concluiría un armisticio de siete dias; en caso que el jeneral enemigo no aceptare la propuesta mencionada, las tropas extranjeras estarían prontas á rendirsele bajo la condición que él mismo garantizara por escrito la vida del Emperador y la de las tropas extranjeras, en caso que cayeren, junto con Querétaro, en manos de los liberales.

Como me parecia ser un desatino ir á ver á Porfirio Diaz sin alguna autorización por escrito, rogué al señor Baron

de Magnus que me diese algunos renglones para confirmar que era yo en efecto delegada por los jefes extranjeros; pero lo rehusó igualmente diciéndome que sabía otro camino por el cual podía obtener el mismo resultado sin hacer correr peligro á nadie.

Entonces me comunicó que vivía en Méjico una señora Baz, cuyo marido era jeneral en el estado mayor de Porfirio y estaba designado para ser gobernador de Méjico, despues de la toma de la capital; que la mencionada señora mantenía relaciones continuas con el enemigo, siendo en efecto el espía de los liberales en Méjico; y que, si me dirijiese á ella, sin duda encontraría medios de hacer saber á su marido que yo era una delegada del Ministro y de los jefes extranjeros.

El Baron y yo fuimos en coche á casa de la señora Baz, acompañada del Canciller del Ministro, señor Scholler, quien habla el castellano perfectamente bien y debia servirnos de intérprete para esponer todo á la referida señora con tanta claridad que no hubiera lugar para alguna equivocacion.

La señora Baz era un personaje célebre y gozaba una grande estimacion en el partido liberal por los eminentes servicios que le habia prestado. Ya en el tiempo cuando los frances estaban todavía en el país, se habia metido frecuentemente al mismo campamento enemigo, bajo diversos disfraces, y sus noticias y advertencias habian sido siempre tan exactas y tan oportunas, que entre los liberales no se llamaba de otro modo que su "ánjel tutelar."

Es una señora de poco más de treinta años, de talle delgado y no muy alta, de rostro ovalado y no muy lleno; tiene hermosos dientes, frente alta y despejada y unos ojos extraordinariamente vivos y expresivos. En sus modales muestra mucha calma y ninguna pretension, aunque se descubre en todo su porte cierta enerjía que nunca disimula.

El Baron Magnus le expuso el objeto de nuestra visita, é igualmente le comunicó las propuestas que yo le habia hecho; tambien manifestó que estaba pronto á tomar por su cuenta todos los gastos por viajes, escoltas y otros fines.

La señora Baz aprobó luego mi plan y aún se ofreció á presentarme á Porfirio Diaz y á hacer todos los esfuerzos posibles para persuadirle que aceptase las condiciones que le pro-

ponia; pero me decia que no podia ir antes del dia siguiente, por tener que esperar noticias de su marido.

Por haber prometido al coronel Leon volver al campamento enemigo luego que supiera la opinion de los jefes, y temiendo que sospechase de mí por haber retardado mi vuelta, salí de la Ciudadela y me dirijí á la Casa Colorada donde le encontré.

Me decia que habia hablado con Porfirio Diaz comunicándole mi plan y que este habia encargado de nuestro asunto al coronel... á quien yo tendria que comunicar las condiciones de los coroneles extranjeros. Aunque dije al coronel Leon que la misma señora Baz iria al dia siguiente en persona á ver al jeneral Porfirio Diaz, insistió sin embargo en que yo viese al ya mencionado coronel, y fuimos en coche hasta el cuartel jeneral en Tacubaya.

Dicho coronel ya estaba esperándome; pero le dije que volveria el dia siguiente con la señora Baz, y me permitió retornar á Méjico donde habia prometido estar de vuelta antes de la noche.

Entretanto se habia oscurecido, y cuando Margarita, Jimmy y yo llegamos á la garita, el centinela me gritó: "Quién vive!" entonces en mi sobresalto contesté resueltamente—"enemigo"—por equivocacion—en lugar de decir "amigo." El centinela contestó no menos resueltamente con un tiro; la bala silbó encima de mi cabeza sin hacerme algun daño. Temiendo que se repitiese el disparo más eficazmente, me oculté detrás de un arco del acueducto que estaba cerca; y Margarita demasiado medrosa, se echó de rodillas y llamaba en su auxilio á todos los santos del calendario.

A fin de hacer comprender á los soldados en la garita que no era absolutamente un *enemigo*, les grité en alta voz: "Viva Maximiliano!" Por mi grande fortuna mandaba el punto de la garita un conocido mio, el anciano coronel Campos quien al reconocer mi voz, salió inmediatamente y se puso iracundo, porque uno de sus soldados habia tirado sobre mí.

Quando vine en la próxima mañana á casa de la señora Baz, me dijo que no podia tener noticias de su marido sino e las dos de la tarde, y era preciso esperarlas. Al volver á su áasa á la hora fijada, supe, á mi pesar, que el jeneral Baz habia recibido en la víspera la orden de ponerse en marcha al

cuartel general de Escobedo y que por tal razon ella no podia acompañarme. Me prometió sin embargo mandar á Porfirio Diaz un mensajero con una carta en la cual confirmaba que yo era en efecto una delegada del Ministro de Prusia y de los jefes extranjeros. Hice cuanto pude para persuadirle que me acompañase; pero no quiso absolutamente; de modo que tuve que ir sola.

El coronel Leon y el otro coronel nos esperaban con una escolta á la señora Baz y á mí para conducirnos al cuartel jeneral de Porfirio Diaz. Pero yo no me habia mudado de ropa hacia tres dias y teniendo que ir á caballo hasta el cuartel jeneral, distante algunas millas de Tacubaya, me dirigí primero á la casa de la señora Hube. Como no le dije lo que proyectaba, se puso muy enojada conmigo y tanto más cuanto que le habian contado muchos chismes sobre mis acciones. Aunque sentí mucho causar disgustos á la buena anciana, sin embargo, juzgué por más conveniente dejarla creer lo que gustase y la dije solamente que iba al cuartel jeneral; á lo que me contestó sécamente que encontraría á su marido allí mismo.

El coronel Leon fué tan amable que me prestó su hermoso caballo prieto mejicano, y llegué pronto á la Villa de Guadalupe, donde se hallaba el cuartel jeneral. Allí estaban esperando unas cincuenta personas que deseaban ver al jeneral liberal, y entre ellas el señor Hube, quien me recibió con una cara muy séria. Más cuando le dije que venia en clase de delegada por parte de los oficiales extranjeros para negociar con Porfirio la rendicion, y le supliqué que me sirviera de intérprete, mudó súbitamente sus modales y me elojaba más de lo que merecia.

Mandé mi tarjeta al jeneral, quien me hizo entrar inmediatamente. El jeneral es un hombre de talle delgado, cara bien formada, ojos negros de azabache y muy inteligentes. Llevaba de uniforme una levita azul con botones de metal amarillo, pantalon azul y bota fuerte.

Me recibí con mucha cortesía y llevándome por la mano me decia que habia sido ya informado por sus oficiales que tendria que comunicarle las condiciones de las tropas extranjeras respecto de la rendicion de Méjico; y que él por su parte estaba dispuesto á oirlas. Al preguntarle si no habia re-

cibido una carta de la señora Baz, me dijo que sí; pero espresó al mismo tiempo el deseo de saber propoisciones más detalladas.

Entonces el señor Hube le hablaba con grande elocuencia, y con mucho sentimiento suplicó encarecidamente al jeneral que aceptara las condiciones que propusimos para que el derramamiento de sangre cesara desde luego. Le ponderaba todas las consecuencias y las ventajas que tal procedimiento llevaria consigo; y el buen anciano estaba tan conmovido de todo cuanto decia que tenia los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto al jeneral, no le agradaba absolutamente la proposicion de un armisticio de siete dias y—no tenia confianza en mí, como lo supe más tarde. Creia que yo queria ir á Querétaro á todo precio para llevar al Emperador noticias de Méjico, por las que este resolveria tal vez atacar á los liberales. Tambien estaba plenamente convencido de que Márquez aprovecharia el plazo concedido para fortificar la capital.

En tal concepto el jeneral nos contestaba: que no tenia facultades absolutamente para hacer alguna promesa concerniente al Emperador y á las tropas en Querétaro; que él no mandaba sino la mitad del ejército, y que por tanto podia negociar solo y únicamente tocante á Méjico; que no queria aceptar absolutamente la rendicion de la ciudad bajo alguna condicion, estando seguro de conquistarla, ni dejar escapar á Márquez y á otros mejicanos que merecian ser colgados; pero que, si las tropas extranjeras quisieran salir á rendirse, les perdonaria la vida y aun les concederia la libertad permitiéndoles llevar consigo todo cuanto podrian cargar, menos las armas; que los mandaria, á expensas del gobierno, á cualquier puerto para volver á Europa; pero, en caso que yo quisiera ir á Querétaro, me daria un pasaporte y una carta para Escobedo, á quien deberia dejar libre la determinacion sobre si me concediese ó no la entrada en aquella ciudad.

Eran cerca de las cuatro de la tarde, y despues de haber tomado con el jeneral una taza de café, monté á caballo para volverme á Méjico y saber lo que los oficiales extranjeros habian de contestar á las proposiciones de Porfirio Diaz.

Por estar algunas leguas distante la garita por donde habia salido de Méjico, me resolví á volver á entrar por otra que estaba más cerca; tanto más cuanto que siendo de dia

no habia que temer alguna equivocacion. Una escolta me acompañó hasta las postas más avanzadas y despues de haber fijado á mi látigo mi pañuelo á guisa de bandera de parlamentario, me fuí á galope hácia la garita.

Al llegar á un pequeño puente enfrente de la batería de la garita, es decir, tan cerca que podia ver las caras de nuestros soldados, recibí una carga de fusil por el centinela, lo que tomé por una advertencia de hacer alto; y en efecto lo hice esperando que se mandase salir á un cabo y alguna tropa para examinarme. Veia á algunos de los soldados subir al parapeto y antes de poder reflexionar sobre lo que tal vez intentaban, recibí una carga llena. Las balas silbaron sobre mi cabeza y rozaron mis cabellos; otras cayeron en el suelo cerca de mi caballo.

Me puse más bien enojada que espantada, porque era de veras demasiado bobo tirar sobre una mujer sola, como si hubiese sido capaz de tomar la batería! Mi primer pensamiento fué soltar la rienda á mi caballo contra aquellos imbéciles y darles de latigazos; pero al oír detrás de mí la pisada de los cascos de la escolta liberal, la que corría en mi auxilio al oír los tiros, y al ver á los soldados de la trinchera cargar á toda prisa, no queria esponer á nadie á algun peligro solo por causa mia. Así, dí la vuelta; y mi pequeño caballo prieto mejicano voló como una flecha. Aquellos miserables tiraron en efecto aún otra salva detrás de mí, más felizmente sin tocar ni á mí ni á mi caballo.

Supe más tarde que la trinchera de aquella garita estaba ocupada por reclutas indios enteramente bisonos, que probablemente no tenían alguna idea de lo que significaba mi pañuelo blanco; y que además su oficial estaba dándose una pavonada en una taberna próxima, justamente en el momento en que llegué. Márquez, al tener noticia de que se habia hecho fuego sobre un parlamentario—sin saber quien lo habia sido—ordenó poner en arresto á aquel oficial negligente.

Cinco ó seis oficiales liberales vinieron con 25 hombres á mi encuentro; todos manifestaban muchísimo cuidado y no quisieron creer que no estaba herida.

No queriendo exponerme otra vez á un fuego graneado, resolví dirijirme á la misma garita, donde el coronel Campos mandaba; y el jeneral Porfirio Diaz tuvo la bondad de darme

una escolta de diez hombres. Antes de llegar á la garita á algunas leguas distante, me sorprendió un chubasco que me mojó á tal grado que preferí ir á Tacubaya, donde la señora Hube me recibió con los brazos abiertos, enteramente reconciliada conmigo despues de haber sabido por su marido la clase de aventuras que habia buscado.

El próximo dia, 19 de Abril, era viérnes santo, en cuyo dia no era entonces permitido que salieran á las calles de Méjico ni coches, ni caballos, ni mulas. Mas pareciéndome sumamente preciso recabar del Baron Magnus y de los jefes extranjeros lo que pensaban hacer, me puse en camino á pié, á pesar del fuerte sol que me molestaba bastante en el largo trecho que tenia que caminar.

Primero fuí á ver al Baron Magnus y despues á los coroneles que me decían que no podían aceptar las ofertas del jeneral enemigo, antes de saber la voluntad del Emperador. Entonces les proponia ir á Querétaro, bajo mi única y propia responsabilidad; pero á esto se opuso el Baron de Magnus quien no queria absolutamente que me marchase á Méjico y trataba de persuadirme á permanecer allí á lo ménos algunos dias, mientras que tal vez llegaran algunas noticias ciertas de Querétaro. Por haber prometido á Porfirio Diaz volver prontamente, á mi pesar condescendí con las ideas del Baron. Este parecia abrigar temores de que Márquez habia tenido soplo de los pasos que yo habia dado y mandaria arrestarme á la vuelta.

Cuando estuve en el campamento de los liberales, el coronel Leon me dijo que tenia bajo su guarda un cierto número de prisioneros imperiales extranjeros que habian caido presos en la accion de San Lorenzo y que careciendo de todo lo necesario se encontraban en una situacion lastimosa; agregó que con mucho gusto me daria licencia de traerles ropa y dinero, en caso que pudiera hacer algo en Méjico en favor de los pobres prisioneros. Hablé de eso luego con el Baron Magnus y con los coroneles, y reunimos en el acto entre nosotros cien pesos que me fueron entregados.

No pudiendo aguantar por más tiempo en Méjico, fuí el 24 á ver al Baron Magnus para decirle que estaba decidida á ir á Tacubaya y hacer todos los preparativos para mi viaje para Querétaro, y pedirle sus instrucciones.

En la mañana del 25 el ministro me mandó su coche en el cual fui conducida hasta la garita. Desde allí caminé hasta la Casa Colorada, donde ví al coronel Leon, á quien dije que llevaba conmigo algun dinero para los prisioneros. Entonces él mismo me condujo al Castillo de Chapultepec y los mandó llamar. Eran un capitán, Rodolfo Spornberger y algunos cabos y soldados, en total, quince hombres; tenían en efecto sus vestidos hechos jirones y se encontraban en la situación mas desesperada. Dí al capitán veinticinco pesos y á cada uno de los demás cinco, exigiendo que cada uno pusiera su recibo en mi lista, que está todavía en mi poder, en prueba de que no he olvidado mi encargo.

De allí me fui á Tacubaya. Al llegar noté en los modales de los prisioneros de los oficiales liberales mucho cambio para conmigo, y al entrar en la casa de Hube, encontré á todos en llanto, y en grande angustia. No sé exactamente lo que habia sucedido durante mi ausencia; pero el 24, Porfirio Diaz habia dado una orden mandando fusilar á cualquiera que viniese de Méjico bajo el pretexto de negociaciones; y como yo me encontraba en la misma posición, los buenos Hubes me veían ya en el féretro.

Quise ir al momento á casa del jeneral para disculpar mi larga ausencia; pero la señora Hube no quiso dejarme ir y me detuvo muchas horas. De repente se paró delante del zaguán un carruaje con cuatro caballos y se presentó un oficial, quien me anunció tener la orden de conducirme al instante al cuartel jeneral. El lamento en casa de Hube era grande; pero tuve que obedecer y despues de haber envuelto algunas piezas de ropa mas necesarias, monté en el carruaje, con Margarita y Jimmy.

Al llegar al cuartel jeneral, un ayudante de Porfirio Diaz me comunicó que tenia yo que salir de Méjico inmediatamente, y me dió un pasaporte con la orden de indicar un puerto donde quisiera embarcarme y á cuyo punto sería conducida por una escolta.

Todo este arreglo no me convenia absolutamente, y resolví que no se efectuaria. Por tal motivo pedí ver al jeneral Porfirio Diaz, porque debia haber alguna mala intelijencia que deseaba aclarar. Pero el jeneral rehusó verme, y el ayudante insistia en mi partida. Mas le declaré resueltamente

que no me iria con mi voluntad; que me pusieran cadenas ó me fusilaran, pero que jamás me harían salir del país.

MI firme resolución les causaba un gran embarazo y no sabian qué hacer, porque permanecí en el cuartel jeneral desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, sin moverme de mi lugar. Al fin consentí en dejarme alojár en una casa particular con una familia mexicana que me trataba con mucha atencion; pero se colocó un centinela delante de la puerta.

El 26 de Abril en la mañana un carruaje con cuatro caballos volvió á pararse delante de la casa y el oficial que debia escoltarme, insistia en mi marcha. No me moví de mi lugar y mandé al jeneral Porfirio Diaz un recado con la súplica de dejarme ir para Querétaro; pero recibí por respuesta una denegacion, y permanecí resueltamente allí donde estaba.

En la tarde vino la señora Hube á dejarme algunos vestidos, acompañada del jeneral Baz, quien acababa de llegar de Querétaro y es muy amigo de la familia de Hube.

El jeneral Baz es un señor bastante corpulento con una cara gorda y agradable, ojos pardos claros, pelo castaño igualmente claro, el bigote un poco crespo más claro, lo mismo que la piocha. Es en sus modales muy elegante y espedito, y me hacia más bien la impresion de un francés. Habia viajado mucho y era sumamente amable y comedido, con una cierta dignidad en su porte, y aunque era un liberal en cuerpo y alma, disfrutaba la estimacion y el afecto de los dos partidos.

El Sr. Baz estaba desde luego dispuesto á ver al jeneral Porfirio Diaz y á informarse de él sobre el motivo verdadero de su extremo rigor para conmigo.

Entonces supimos pronto á qué atañernos. Porfirio Diaz decia que yo habia violado mi palabra procurando sobornar á sus oficiales por medio de dinero y de lisonjas, lo cual era un gran crimen; y que era una persona demasiado peligrosa para poderme dejar en Méjico.

Sin embargo, el Sr. Baz arregló el asunto y obtuve al fin de Porfirio Diaz el permiso de irme para Querétaro; pero sin ninguna escolta, dejando completamente al arbitrio de Escobedo permitirme la entrada á aquella ciudad ó despacharme más lejos.

El jeneral Baz, siendo como siempre sumamente afable, hizo todo cuanto pudo para allanarme el camino para Querétaro. Me dió como unas treinta cartas de recomendacion para dueños de haciendas, maestros de postas, administradores de diligencias, posaderos y oficiales. El Sr. Smith, comerciante y al mismo tiempo director ó inspector principal del ferrocarril, puso á mi disposicion cuatro mulas muy buenas con su cochero; se me ofreció un coche de un color amarillo sumamente elaro, que habia servido probablemente ya desde la conquista de coche-simon en Tacubaya.

El camino entre Méjico y Querétaro estaba plagado de ladrones, por cuya razon el viaje de cuatro dias no dejaba de ser bastante peligroso; pero mi buena estrella no me abandonó. Un tal Sr. Parra, que pertenecia al partido liberal y quien con el fin de hablar á Porfirio Diaz acababa de hacer el viaje en tres dias, viendo que no podia lograr su objeto, se resolvió á volver inmediatamente y se ofreció á escoltarme; lo acepté con tanto más gusto, cuanto que tenia consigo á un mozo armado á caballo y tambien á un cochero. Porfirio Diaz no tenia por fortuna nada que decir en contra sobre que dicho señor me acompañase. Con mucho sentimiento me despedí de la familia Hube y me puse en camino el 27 de Abril. Me acompañaron por supuesto Margarita y Jimmy y tambien mi pequeño revolver de siete tiros que llevaba siempre conmigo.

Las cartas de recomendacion que el jeneral Baz me habia dado, eran de sumo valor para mí. Por todas partes fuí recibido con la mayor afabilidad y hospitalidad y tratada con una estimacion y atencion como si fuese una reina. Para mí, mis compañeros, mis sirvientes y mis mulas se tomaban el cuidado más esmerado y en ninguna parte se queria pagar alguna, lo que no me era desagradable en las actuales circunstancias, siendo así que no tenia más que tres onzas en la bolsa.

Una mañana al amanecer salimos de San Francisco. Despues de haber andado algun trecho, un poco antes de la salida del sol, ví á la derecha del camino, un objeto colgado de un árbol, y plenamente iluminado por los rayos del sol naciente. Saqué la cabeza fuera de las ventanillas del coche para ver lo que era, y reconocí con gran horror, á un oficial liberal

de uniforme y bota fuerte, y una gorra negra sobre la cabeza y la cara. La sangre escurria del cuerpo hasta el suelo, lo que era una prueba de que no habia encontrado su muerte solamente por la soga.

Llena de horror y de espanto retiré violentamente la cabeza; pero al mirar por el otro lado del carruaje, ví otro árbol al cual igualmente estaba colgado otro oficial liberal, cuyo aspecto era aún más horroroso.

Súpe despues que aquellos desgraciados eran un teniente-coronel y un mayor, quienes, despues de haber cometido un crimen horrible contra una jóven, habian echado á tierra á su padre, que enfurecido trataba de vengarla y le mataron despues de haberle arrancado la lengua. Segun la costumbre mejicana fueron fusilados en el mismo lugar donde habian cometido el crimen y quedaron, por via de ejemplo, colgados á los árboles por algun tiempo.

Pasó largo rato, antes que pudiera librarme de la impresion que aquella escena horrorosa habia hecho en mí, y que todavía al recordarla me hace estremecer.

Al fin llegamos delante de Querétaro. Desde la altura de la Cuesta China se podia ver toda la ciudad; pero tambien fuimos vistos desde allí y mi coche amarillo con cuatro mulas y una escolta no quedó desapercibido por los Imperialistas que me habian tomado por Juarez, segun me dijo más tarde el Emperador. Al bajar el cerro para la Hacienda de Hércules perteneciente al Sr. Rubio, para quien tenia una carta de recomendacion, esperaba siempre recibir una bala de las baterías de la ciudad, por hallarme por todas partes á tiro de cañon.

El cuartel jeneral de Escobedo estaba del otro lado, esto es, al lado Norte del Rio blanco, en la pendiente del cerro de la Cantera. Tenia cartas que entregarle y queriendo tambien saber á qué debía atenerme, me mudé luego de traje y monté un caballo que pude fácilmente conseguir; un albardon no se encontró en ninguna parte y tuve que montar en una tosca silla mejicana de palo, lo cual ni era agradable absolutamente, ni dejaba de tener sus incomodidades peculiares.

El caballero que me habia acompañado desde Méjico, ha-

bia ya tomado la delantera para anunciar mi llegada. Cuando mandé mi tarjeta al jeneral Escobedo, salió del grupo de los oficiales allí reunidos un capitán de color rubio, saludándome como antiguo conocido desde los Estados Unidos, aunque yo no podía recordarle. Era un capitán Enking, quien habia sido teniente de Artillería en la División del jeneral Blenker y que decia haberme servido una vez de escolta al visitar su campamento.

Supé despues que ese jóven se ha jactado de conocerme muy íntimamente, aunque yo no pude recordar siquiera su cara. Tambien más tarde se condujo de la manera más despreciable y parece que jamás ha disfrutado una gran estimación ni entre sus mismos compañeros, y menos de parte del jeneral; pues este último rehusó con bastante frialdad los servicios de intérprete que Enking le ofreció, y prefirió mandar llamar para el mismo objeto á un mejicano que sabia inglés.

El Sr. Enking era oficial en la *Legion of honor* americana, y despues de la toma de Querétaro entró con su tropa por fuerza en habitaciones particulares echando mano sobre cuanto era de propiedad de unos oficiales imperiales; por cuyo hecho el jeneral Escobedo le impuso un arresto.

En otra ocasion, cuando rogué al jeneral que me diera un oficial de compañero, mandó llamar al mismo capitán Enking de quien ya sabia que se habia permitido hacer observaciones sobre mí. Rehusé con cólera ese acompañamiento espresando mi sorpresa de que el jeneral me queria hacer acompañar por semejante sugeto. El capitán Enking se retiró muy confundido, y Escobedo hizo sus disculpas. Parece que tuvo un intento particular al poner á ese caballero en frente de mí, esperando que le haria un desaire.

El jeneral Escobedo me recibió en una tienda de campaña muy pequeña y estraordinariamente miserable, por todas partes apuntalada por palos y remendada pobremente con tablas y telas de lienzo. Habia en ella una toscana mesa hecha de tablas, y un cajón de palo blanco servia de asiento. El jeneral llevaba un uniforme semejante al que usaba Porfirio Diaz, con la sola diferencia de que usaba más galones y botones.

Escobedo me recibió con mucha amabilidad. Le dije que

habia sabido que mi marido estaba herido y por tal razon le pedí el permiso de entrar á la ciudad á cuidarle. El jeneral contestó que no sabia nada de la herida de mi marido y que no me podia dar el permiso deseado; que todo cuanto podia hacer, era darme una carta para el Presidente Juarez en San Luis Potosí, quien tal vez accederia á mi deseo.

Manifestó conocer muy bien á mi marido y me hizo muchos cumplimientos respecto de él, diciendo que era un oficial sumamente valiente y atrevido, lo que habia experimentado á su propio perjuicio. Prometió tratarle bien, en caso de que cayera en sus manos y permitirme que le cuidara, si estuviese herido.

El jeneral lo dejó á mi arbitrio si queria marcharme en la diligencia que debia salir á S. Luis Potosí en la próxima mañana ó si preferia permanecer en la casa del Sr. Rubio hasta la salida de otra diligencia. Me resolví por la primera alternativa, considerando que mi permanencia delante de Querétaro ya no tendria ningun objeto. El mismo Sr. Parra, quien me habia acompañado desde Méjico, se ofreció escoltarme tambien hasta S. Luis Potosí; pero no quise aceptar su oferta, aunque le quedé sumamente agradecida, y supliqué al jeneral Escobedo me diera á un oficial suyo de escolta, á cuya solicitud accedió bondadosamente.

La diligencia salió de un lugar algunas leguas distante de Querétaro y al concurrir allí á las tres de la mañana, se me presentó el Teniente Coronel Aspiroz, manifestándome que era el mismo oficial á quien el jeneral habia encargado de acompañarme hasta S. Luis Potosí, y de presentarme al Presidente.

Sin algun accidente llegamos dentro de tres dias á S. Luis Potosí; y entregué luego una carta del jeneral Baz al comandante militar de la ciudad, quien me alojó en una habitacion en una casa perteneciente á un señor que era partidario del Emperador.

El Teniente Coronel Aspiroz me acompañó á casa del Presidente. Encontramos allí á uno de sus ayudantes que me introdujo de la mano, como en una contradanza, en una grande sala de recepcion. Aquí el ayudante ceremonioso me hizo una reverencia tan profunda como un acróbata, y me dejó sola con Aspiroz.

Unos pocos momentos despues entró el Presidente *Juarez* acompañado de su ministro de justicia, Sr. *Iglesias*, quien habla el inglés perfectamente bien y sirvió de intérprete.

Juarez es un hombre de una estatura más bien baja que mediana, con un rostro muy oscuro y del tipo indio, que queda un tanto desfigurado, ó más bien dicho interesante por una cicatriz muy grande. Tiene unos ojos muy negros y penetrantes, y hace la impresion de un hombre que medita mucho y reflexiona larga y detenidamente antes de obrar.

Llevaba cuellos parados muy altos, una corbata negra y traje de paño negro.

El presidente me dió la mano y me condujo al sofá, donde por supuesto, Jimmy se habia ya establecido; y me dijo que estaba dispuesto á oír lo que tenia que comunicarle.

El Sr. *Iglesias* que hizo de intérprete parecia más bien un alemán, peli-oscuro, con anteojos, que un mejicano. Tanto en su esterior como en sus modales, es un caballero en todo el sentido de la palabra; y su cara benévola manifestaba interés.

Conté al Sr. *Juarez* todo cuanto habia sucedido en Méjico y lo que yo habia intentado para poner fin al derramamiento de sangre; y últimamente le supliqué que me permitiese entrar á Querétaro.

El presidente contestó que todavía no habia recibido de Porfirio Diaz un informe detallado sobre el motivo que le habia inducido á proceder con tanto rigor contra mí, pero que el jeneral debe haber tenido seguramente buenas razones para considerarme por tan peligrosa; y que antes de estar mejor informado no podia darme alguna respuesta, dejando completamente á mi propio parecer, si queria volverme con el teniente coronel *Aspiroz* á esperar su respuesta en casa del Sr. *Rubio*, ó quedarme en San Luis.

Contesté que lo reflexionaria y le daria mi respuesta mañana mismo. El presidente me dió el brazo y me condujo por toda la pieza hasta las escaleras, donde se despidió de mí con una profunda reverencia.

No pudiendo obtener el permiso de entrar á Querétaro, juzgué por mas conveniente permanecer cerca del presidente donde podia saber siempre las noticias mas recientes y encontrarme por tanto en la posibilidad de obrar eficazmente se-

gun el tenor de ellas. Pero despues de la marcha del Sr. *Aspiroz* y al acercarse el dia en que la diligencia debia salir otra vez, cambié de resolucion y me decidí á volver á casa del Sr. *Rubio*. Por tal razon fuí á ver al presidente para comunicarle mi nueva determinacion; pero él insistió en que me quedase, porque estaba esperando de un dia á otro la caida de Querétaro.

Por tanto, permanecí quieta en San Luis y supe casi nada de nuevo hasta el 15 de Mayo, cuando de repente el repique de todas las campanas acompañado de salvas de artillería anunció un gran acontecimiento; pero solo hasta el otro dia en la mañana supe por un señor que vino á visitarme, que un coronel *Lopez* habia vendido Querétaro, por tres mil onzas, á los liberales, que el Emperador y mi marido habian caido prisioneros, y que el último estaba herido.

Era natural que semejantes nuevas me afectaran sobre manera y fuí luego á ver al presidente para pedirle la licencia de ir á Querétaro. Mas no pude verle, porque estaba comiendo, y por tanto creí mas conveniente marcharme sin su permiso. Así lo hice y llegué á Querétaro el 19 de Mayo.

Bajé en el hotel de las diligencias donde todos conocian muy bien á mi marido. Era entre las seis y las siete de la tarde, y por tanto era demasiado tarde para buscar á *Escobedo*, cuyo cuartel jeneral estaba en la Hacienda de Hércules, que está algo distante de la ciudad.

El otro dia en la mañana, tuve que irme á caballo, porque era imposible encontrar un coche, y no pudiendo conseguir un albardon, monté un caballo ensillado que estaba parado delante de mi puerta y que pertenecia á un oficial enemigo, quien me lo ofreció con mucha política. Así caminé para dicha hacienda, seguida por un mozo indijena.

El jeneral me recibió con suma amabilidad; me dió la mano y me dijo que se alegraba mucho de volver á verme. Le pedí el permiso de visitar al Emperador y á mi marido; entonces mandó llamar al coronel *Villanueva*, oficial en su estado mayor, quien debia acompañarme á la prision.

Me volví primero á mi hotel para cambiar mi vestido de montar por otro, y me fuí despues con el mencionado coronel al Convento de las Teresitas. Llegamos allí entre las 10 y las 11 de la mañana, atravesamos un patio y subimos

unas escaleras muy sucias, donde habia un hedor insostenible. Esto y el ruido de los soldados me causaron una especie de vahído.

Entramos en un pequeño cuarto sucio, donde varios oficiales estaban acostados en el suelo sobre unos petates. Encontré á todos en muy malas trazas: desaseados y desaliñados.

Al preguntar por mi marido, un caballerito muy político, Sr. Blasio, me dijo que estaba en el cuarto contiguo al del Emperador y que vendria en el momento.

Apenas hubo acabado de hablar, vino mi marido. No estaba afeitado, llevaba una camisa de muchos dias y tenia unas trazas como si acabase de salir de un basurero, aunque no estaba más desaseado que sus camaradas. Me afectó muchísimo el volverle á ver así y en tales circunstancias; me puse á llorar y casi desvanecida me eché en sus brazos.

Se fué luego á anunciar mi llegada al Emperador, y volvió pronto con la noticia de que este se complaceria en recibirme. El Emperador estaba enfermo y en cama, mas en una situacion semejante cesan todas las ceremonias. Salm me advirtió no hablar de la muerte del jeneral Mendez, que hacia unas pocas horas habia sido fusilado.

Jamás en mi vida olvidaré aquella primera entrevista con el Emperador. Nunca, le habia visto porque habia siempre acontecido que él estaba ausente de Méjico, cuando yo tenia mi residencia allí.

Le encontré en cama, en un cuarto miserable y desprovisto de todo; parecia muy pálido y enfermo. Me apretó la mano, la besó y dijo que se alegraba mucho de que viniese á verle.

Como no habia sabido nada de cierto ni de Márquez ni de México, tuvo mucho interés en todo cuanto le conté; se enojó muchísimo por la conducta de su jeneral, que se abrogaba unos derechos que no podian concederse á ningun súbdito; puesto que distribuia condecoraciones, como si él mismo fuese el Soberano.

Le informé tambien de mis negociaciones con Porfirio Diaz y con los coroneles extranjeros en Méjico, lo mismo que de mi entrevista con Juárez en San Luis Potosí, lo cual le causó sumo interés.

El estado en que encontré al Emperador, me hizo preguntar á S. M. si no se podrian dar algunos pasos para ha-

cer cambiar aquella situacion desagradable y sobre todo para saber lo que los liberales estaban intentando respecto de él; pues supe que el jeneral Escobedo habia hecho en efecto una visita al Emperador, pero sin indicarle algo acerca del porvenir.

Por tanto, me propuse hablar al jeneral en nombre del Emperador y procurar que concediese unas condiciones más razonables. Pensé hacer cuanto podia, para que él viniese á ver al Emperador, ó que le recibiese en algun lugar decente en caso que este se sintiese bastante aliviado para poder salir.

Me pareció de la mayor importancia mejorar la estancia del Emperador y la de mi marido y ante todo comprar alguna ropa blanca que los dos necesitaban mucho pues carecian de todo.

Me volví luego al cuartel de Escobedo, á quien encontré de muy buen humor, porque estaba esperando á su hermana á quien no habia visto hacia muchos años. Me dijo que no podia salir, pero que recibiria al Emperador con sumo placer si este queria hacerle una visita, acompañado de mí y de mi marido.

Mientras que el coronel Villanueva salia á buscar un coche para la visita propalada, me procuraba alguna ropa blanca, con la que volví á las Teresitas.

El Emperador se sintió bastante fuerte para salir, me dió su brazo, y seguidos del coronel Villanueva y de mi marido, bajamos las escaleras, hasta la calle, donde encontramos el hermoso coche del Sr. Rubio y una escolta.

En nuestro tránsito hasta la puerta los prisioneros que habian salido de sus celdas, se pusieron en filas, y todos saludaron al Emperador con la espresion del mayor respeto y amor.

Fuimos en coche á la Hacienda de Héreules, y en un jardin grande y hermosísimo, con una fuente y un estanque en medio, se hallaban reunidos muchos oficiales liberales y otras personas, todas las cuales saludaban respetuosamente al Emperador, que me llevaba del brazo.

El jeneral Escobedo vino á encontrarnos y dió al Emperador la mano. Despues se dirigió con nosotros hacia una calle de árboles ancha, á la derecha, donde se habian colocado asientos para nosotros. Al principio platicábamos sobre objetos

indiferentes, pero nuestra conversacion se hacia muy penosa á causa de dos bandas de música que hacian un espantoso ruido musical, ahogando nuestras voces.

Poco á poco llegamos al objeto de nuestra entrevista, y el Emperador dijo al jeneral Escobedo que tenia que hacer en su nombre algunas proposiciones; y él y el coronel Villanueva se retiraron á fin de arreglar el asunto, cuyos pormenores se podrán leer en el diario del príncipe.

Permanecimos hasta el crepúsculo en el cuartel jeneral de Escobedo, quien nos ofreció refrescos; pero no los aceptamos, y volvimos á Las Teresitas del mismo modo en que habiamos ido.

El Emperador estaba sumamente abatido, lo que debia atribuirse tanto al estado de su salud, como al bullicio de aquel convento; por cuya razon no podia conciliar el sueño, y tenia un deseo vehemente de tener una casa particular para él y para los que lo rodeaban.

Tuve mucho empeño en cumplir con el deseo del Emperador, y encontré tambien á Escobedo muy dispuesto en nuestro favor, de suerte que ya en la próxima mañana habia hallado una casa muy bien alhajada, de la que una mitad quedaria destinada para las habitaciones del Emperador y de su casa, mientras que la otra serviria de lugar de detencion para los generales.

Pero la buena intencion de Escobedo se desconcertó completamente por las maniobras del jeneral Refujio Gonzalez, un antiguo jefe de gavilla, quien estaba encargado de la guardia de los prisioneros. Este reprobaba á Escobedo que tratase á Maximiliano como á un príncipe, contrariando las instrucciones del supremo gobierno, y que él no podia responder de la seguridad de los prisioneros, si estuviesen alojados en una casa particular.

Escobedo no podia dejar semejantes observaciones desapercibidas, tanto á causa de la disposicion que reinaba entre sus tropas, cuanto que tambien sabia de muy buena fuente, que el gobierno estaba resuelto á emplear el mayor rigor contra sus prisioneros imperiales. Dejó al albedrío de Refujio Gonzalez procurar otro alojamiento para el Emperador y los jenerales; y dentro de poco tiempo recibieron el aviso de que tenian que trasladarse al convento de las Capuchinas.

El Emperador queria que yo le acompañara en este camino, y el coronel Villanueva salió para pedirle otra vez al Sr. Rubio su coche, que se le concedió inmediatamente.

El Emperador al ser introducido á la pieza destinada para él en el convento de las Capuchinas, se paró en el dintel, diciendo con una voz conmovida: "Por cierto, este no puede ser mi cuarto. Es un sepulcro! Es de mal agüero!"

Era en efecto lo que el Emperador decia; pues aquellas piezas constituian el panteon de las Capuchinas. El coronel Villanueva se incomodó, lo mismo que todos nosotros, y corrió inmediatamente á ver al jeneral Refujio Gonzalez para reconvénirle sobre esta falta absoluta de todo miramiento, la que podia llamarse brutalidad; pero el digno cabeilla contestó: "Sí, ese es su cuarto, y allí debe dormir, á lo ménos esta noche, para recordarle que sus horas están contadas."

Luego que Escobedo fué informado de esa infamia, mandó dar al Emperador otro cuarto, donde podia salir á un pequeño patio. Tres dias despues, empezó la formacion de la causa, y por esta razon Maximiliano fué separado de los demas prisioneros. El coronel Villanueva me dijo significativamente: "La cosa se acerca á su fin, nada más que la fuga puede salvar al Emperador."

Me dirijí muy aflijida á mi casa, y encontré al Sr. Bahnsen, vecino de San Luis, cuya cara lastimera no estaba propia para dispersar mis pensamientos melancólicos. No dormí casi nada en toda la noche; porque no dejaba un instante de pensar en revolver esta pregunta: "¿Qué puede hacerse para salvar al Emperador?" Así continué el dia siguiente, y cuando al anochecer los Sres. Bahnsen y coronel Villanueva vinieron de visita, habia encontrado lo que queria y les pregunté: "¿Quién quiere ir á San Luis Potosi y pedir á Juarez una próroga?"

El Sr. Bahnsen se encojió de hombros y dijo: "Nadie quiere ir allá. Pedir una próroga! Esto es enteramente inútil. Vd. no conoce á Juarez. Le conozco mejor. No se debe pensar absolutamente en eso."

"Ahora, coronel," contesté: "á vd. no puedo ni insinuarlo; pero yo que soy mujer, iré."

"¿Usted!" esclamó el Sr. Bahnsen con una risa sarcástica, no muy galante; pero ni toda su duda ni su mofa me hicieron re-

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



sistir de mi determinacion y pregunté al coronel: "¿Quiere vd. acompañarme á casa de Aspiroz, para pedirle el permiso de ver al Emperador en esta misma noche?"

El coronel estaba dispuesto. Mi anterior compañero de viaje, el teniente coronel Aspiroz, habia sido nombrado fiscal en la causa del Emperador, quien desde luego habia quedado bajo su vigilancia particular.

Eran las once y media de la noche, cuando llegamos á la habitacion de Aspiroz, que estaba ya acostado; mas Villanueva le despertó. Le comuniqué que queria ir otra vez á San Luis Potosí y le pedí permiso de hablar antes con el Emperador en presencia del coronel Villanueva. Me lo concedió, no solo con mucha amabilidad, sino aun con una prontitud que me admiraba.

Ya hacia mucho tiempo que habian dado las doce de la noche, cuando llegamos al convento de las Capuchinas. Mi marido dormia; pero estaba vestido aún, y no dejó de asustarse al verme aparecer tan de repente, no pudiendo suponer otra cosa sino que una nueva malísima podia hacerme penetrar en la prision tan á deshoras de la noche; pero al saber lo que se intentaba, lo encontró excelente, y fué inmediatamente conmigo á ver al Emperador, quien desde que fué separado de los demás prisioneros, no habia visto á otra persona que á su médico de cabecera.

El Emperador, no pudiendo menos de agradecer mi buena voluntad, aprobó mi proyecto completamente. Villanueva le dió el consejo de dirigir algunas líneas á Juarez, pidiéndole una próroga de quince dias, para preparar su defensa y consultar con abogados de México. El Emperador condescendió con esta propuesta, y firmó una carta escrita por el mismo Villanueva, á pedimento suyo. Los dos me dieron la instruccion de no entregar dicha carta sino en las propias manos de Juarez, y si no pudiere hacerlo, de no entregarla á nadie absolutamente.

Teniendo que ponerme en marcha inmediatamente, me despedí del Emperador, quien no pudo contener sus lágrimas. Yo igualmente estaba muy conmovida; porque me parecia ver su rostro por la última vez.

Habiendo prometido dar la carta en las propias manos de Juarez, y temiendo que se me pusiesen dificultades para lle-

gar hasta el, juzgué por conveniente procurarme un salvo-conducto de Escobedo.

Era entre la una y las dos de la mañana cuando me dirigí con Villanueva y con mi criada á casa de Escobedo. Tuve suerte: el general acababa de llegar con el coronel Doria de un lugar de recreo y estaba de un humor magnífico. No me dió solamente la carta que le pedí para Juarez, sino tambien la órden de que pudiera aprovechar las mulas de posta entre Querétaro y San Luis; de suerte que volví muy contenta á mi hotel, á fin de preparar mi viaje, para cuyo objeto el Sr. Bahnsen me habia prometido prestarme su carretela lijera.

Pero luego que se trató de cumplir su promesa, el Sr. Bahnsen se retractó. Tuvo miedo de que su carruaje se hiciese pedazos; y llamó mi plan un capricho de mujer descabellado é inútil. Estuve fuera de mí é hice cuanto pude para obtenerlo, lo que al fin logré despues de muchos trabajos y bajo la condicion de que uno de sus socios mexicanos me acompañase.

Eran ya las cinco de la mañana cuando al fin partimos con cinco mulas y los cocheros correspondientes. Aquellas bestias fuertes, acostumbradas á tirar la pesada diligencia, subiendo cerros y colinas, se pusieron muy briosas cuando sintieron una carga tan lijera tras de ellas; y parecia que tenian el ánimo de cumplir los malos presentimientos del Sr. Bahnsen; pues apenas hubimos hecho una legua, cuando emprendieron un asalto contra un muro de piedra quebrando la lanza.

Mi protector mexicano se puso fuera de sí; y despues de muchos gritos y lamentos inútiles, la lanza fué amarrada con reatas, hasta que pudimos conseguir otra nueva en San Miguel.

De este modo pasábamos todo el camino tan á prisa como era posible, y llegamos sin más accidente á una hacienda, sita en una distancia media entre San Luis y Querétaro. Era la media noche; yo por mi parte quise seguir adelante; pero aquel hombre de palo á quien el Sr. Bahnsen me habia dado de compañero, decia que estaba cansado y debia dormir; que el camino estaba plagado de ladrones. . . . en pocas palabras, que no tenia ganas de caminar más durante la noche.

Al fin condescendí con ese lloron, bajo la condicion de que nos pusiéramos en camino á los tres de la mañana.

Todos estuvimos listos á la hora prefijada, yo, los cocheros y las mulas; pero mi afeminada y sonolienta escolta, representada en el compañero que me diera el Sr. Bahnsen, no dejó verse en ninguna parte, y los golpes más fuertes contra su puerta quedaron desaperecidos.

Ya habia tomado la resolucion de abandonar á aquel dormilon, cuando el caballero se presentó de repente á las seis, completamente acicalado y planchado y con guantes de ca-
britilla, pidiendo con una voz chillona una tasa de café. Esto me violentó tanto, que habria podido hasta matarle; pero me contenté con darle una muerte moral con palabras.

Llegamos á San Luis entre las seis y las siete, y nos alojamos en la casa del Sr. Bahnsen, cuyas amables hermanas me recibieron con un sincero afecto.

Siempre tenia delante de mí el rostro pálido y melancólico del Emperador, dirijiéndome miradas de gratitud desde su lecho de dolor; miradas que se grabaron en mi corazon cuando me despedí de él, y que parecian recordarme que cada momento que perdiese podia costarle la vida.

No haciendo caso del atavío que tenia, corrí inmediatamente á la habitacion de Juarez, quien no pudo recibirme por estar en acuerdo con sus ministros. Mandó decirme que le enviara la carta del Emperador, lo cual rehusé por haber hecho promesa de no entregarla sino en sus propias manos; pero sí le envié la carta de Escobedo; y me mandó decir que me esperaba á las nueve de la mañana próxima.

Al tiempo prefijado, el hermano del Sr. Bahnsen me acompañó á casa del presidente, quien me recibió otra vez acompañado del ministro de justicia, Sr. Iglesias. Tomó mi carta, la leyó, la dió al ministro y dijo: que el término para la formacion de la causa contra Maximiliano, se concluia dentro de tres dias, segun la ley, y que, despues de haber reflexionado maduramente, habia resuelto que no le era posible conceder la próroga que se pedia.

Entonces me dirijí al Sr. Iglesias hablando en favor del Emperador cuanto pude. Dije que era bárbaro fusilar á un prisionero sin concederle siquiera el tiempo necesario para su defensa y tratar de traidor á un hombre que habia venido al

país con la firme creencia de haber sido elegido y llamado por el pueblo mexicano; que unos dias más ó menos no podian hacer variar las disposiciones del gobierno, y que aun la misma prudencia aconsejaba no festinarse; que meditasen bien las consecuencias; y que no sólo la Europa, sino el mundo entero civilizado se indignaria del modo cruel y precipitado con que se procedia en el presente caso.

“Pues, Sr. Iglesias,” continué diciendo: “sírvasse vd. reservar su determinacion á lo menos hasta las cinco de la tarde; si entonces perseverais en ella, me volveré para Querétaro; y Dios sabe, con cuanta afliccion.”

El Sr. Iglesias me acompañó hasta la puerta, y entonces les dije todo lo que mi corazon dictaba para conmoverle. Nada contestó; pero me apretó la mano de un modo que parecia prometerme su ayuda.

Cuando volví á las cinco, vino á mi encuentro con una cara radiante de alegría, y sin decir una palabra, me entregó la orden preciosa, por la cual se concedia la próroga que se habia pedido. Estuve fuera de mí de gozo, y con pena pude detenerme de echarme al cuello de aquel buen ministro. Quise tambien darle mis gracias al Sr. Juarez; pero éste no estuvo en casa, ó se mandó negar.

Aunque me dijeron que la orden de la próroga habia sido dirigida por el telégrafo á Querétaro, tuve impaciencia de volver allá, considerando que muy fácilmente pueden cometerse unos yerros irreparables, y que la orden escrita estaba solo en mis manos. Rehusé el acompañamiento del consabido socio sonolento; pero acepté gustosa el de otro más vivo, del Sr. Daus, quien me indicaba ser un compañero de viaje más útil y más agradable; así era en efecto, pues cuando el cochero no arreaba bastante, él mismo se sentaba en el pescante á tomar las riendas.

Las amables hermanas del Sr. Bahnsen pusieron dentro del coche para el Emperador y los demás prisioneros todo cuanto seria útil y necesario; y habrian puesto todo su menaje si se hubiera podido.

El viaje era muy molesto. Las noches eran oscuras y los caminos tan peligrosos que era preciso encender hachas; pero estas se apagaban inmediatamente por los fuertes aguaceros, y teniamos que caminar á pié horas enteras en la oscur-

dad y completamente mojados. No tenia más que un par de zapatos muy delgados, que se hicieron prontamente pedazos por las piedras agudas. Este viaje y la irritacion consiguiente me causaron un malestar tal que al llegar á mi hotel en Querétaro á las once, hubiera querido recobrarne un poco y arreglar mi tocador; pero sabiendo que el Emperador no habia todavía sabido nada de la próroga, habria tomado por un crimen el demorarme solo por un minuto, y me fui inmediatamente, tal como estaba, al Convento de las Capuchinas.

Estaba cansadísima; mis zapatos estaban en pedazos y mis piés desollados, mis cabellos en desórden y mis manos y mi cara sin lavar; en una palabra, debo haber parecido un espantajo; pero era muy feliz y acaso un poco orgullosa del suceso que habia obtenido.

El Emperador se conmovió mucho y me espresó su agradecimiento con las palabras más bondadosas. Ya durante mi ausencia me habia condecorado con la orden de S. Carlos fundada por la Emperatriz; cuya condecoracion consiste en una pequeña cruz de esmalte blanco, adentro verde, con la inscripcion "Humilitas," y se lleva en un moño colorado.

Despues de haber conseguido la próroga, importaba ante todo aprovecharla para salvar al Emperador. Ya cuando le ví por la primera vez, habia tratado de convencerle de la necesidad de hacer venir de Méjico al Baron Magnus y á algunos abogados; pero entonces me contestó que no queria llamar á nadie, por ser enteramente inútil. Mucho menos lo creia conveniente, estando ocupado en un proyecto de fuga inventado por mi marido quien no dudaba del buen éxito, y cuya fuga debia efectuarse luego que los oficiales sobornados anotasen la guardia.

Desde el principio desconfié del buen éxito del mencionado plan, aunque hice cuanto pude para llevarlo á cabo. Era magnífico en sí, pero yo no tenia confianza en la jente que mi marido empleaba. Dos de ellos se habian pasado con los liberales, despues de haber pertenecido al ejército francés; eran unos oficiales demasiado subalternos, y me parecia que no tenían ni la autoridad, ni la enerjia necesaria para llevar á cabo lo que prometian, me hacian la impresion de ser unos viles cuyo único y solo interés era sacar dinero. Por tal razon; yo me habia declarado desde el principio en contra, advirtiendo

que no se metieran con ellos, é insistí en que el Emperador tratase con personas de más categoria.

No teniendo, pues, mucha fé en el buen éxito de la fuga, obtuve al fin del Emperador la promesa de mandar por el Baron Magnus y otros ministros estranjeros como tambien por algunos abogados de Méjico, y me ofrecí, ir yo misma á traerlos.

Temiendo que el jeneral Márquez mandara á arrestarme en aquella capital, hice que el Emperador le escribiese la siguiente carta.

"Querétaro Mayo 20 de 1867.

Mi querido jeneral.

La dadora de estos renglones es la princesa Salm que ha tenido la bondad de prestarse para ir á México, con el fin de arreglar unos negocios de familia que son de suma importancia, y á hablar al mismo tiempo con los abogados que deben ser mis defensores.—V. proporcionará á la princesa, durante su permanencia en Méjico y para que vuelva á Querétaro, todo lo que necesite llenando en todo sus deseos.—Su afectísimo.

MAXIMILIANO."

Me dió al mismo tiempo una carta para el Baron de Magnus publicada por mi marido y dos cartas para los abogados Riva Palacio y Martinez de la Torre, como tambien unas líneas para el Padre Fischer acompañando la siguiente carta concerniente á su dinero particular, que debia traerle.

Publico dicha carta, porque el dinero mencionado en ella ha desaparecido, sin que nadie pueda decir en qué manos se ha estraviado.

Querétaro Mayo 23 de 1867

Por la presente ordeno á V. se sirva recoger las cantidades siguientes que me adeudan de la lista civil á saber:

Mesada correspondiente á Mayo último.....	10.000
Por los gastos de la casa que me acompaña en dicho mes.....	1,500
Mesada de Abril.....	10.000
<hr/>	
A la vuelta.....	21.500

dad y completamente mojados. No tenia más que un par de zapatos muy delgados, que se hicieron prontamente pedazos por las piedras agudas. Este viaje y la irritacion consiguiente me causaron un malestar tal que al llegar á mi hotel en Querétaro á las once, hubiera querido recobrarne un poco y arreglar mi tocador; pero sabiendo que el Emperador no habia todavía sabido nada de la próroga, habria tomado por un crimen el demorarme solo por un minuto, y me fui inmediatamente, tal como estaba, al Convento de las Capuchinas.

Estaba cansadísima; mis zapatos estaban en pedazos y mis piés desollados, mis cabellos en desórden y mis manos y mi cara sin lavar; en una palabra, debo haber parecido un espantajo; pero era muy feliz y acaso un poco orgullosa del suceso que habia obtenido.

El Emperador se conmovió mucho y me espresó su agradecimiento con las palabras más bondadosas. Ya durante mi ausencia me habia condecorado con la orden de S. Carlos fundada por la Emperatriz; cuya condecoracion consiste en una pequeña cruz de esmalte blanco, adentro verde, con la inscripcion "Humilitas," y se lleva en un moño colorado.

Despues de haber conseguido la próroga, importaba ante todo aprovecharla para salvar al Emperador. Ya cuando le ví por la primera vez, habia tratado de convencerle de la necesidad de hacer venir de Méjico al Baron Magnus y á algunos abogados; pero entonces me contestó que no queria llamar á nadie, por ser enteramente inútil. Mucho menos lo creia conveniente, estando ocupado en un proyecto de fuga inventado por mi marido quien no dudaba del buen éxito, y cuya fuga debia efectuarse luego que los oficiales sobornados anotasen la guardia.

Desde el principio desconfié del buen éxito del mencionado plan, aunque hice cuanto pude para llevarlo á cabo. Era magnífico en sí, pero yo no tenia confianza en la jente que mi marido empleaba. Dos de ellos se habian pasado con los liberales, despues de haber pertenecido al ejército francés; eran unos oficiales demasiado subalternos, y me parecia que no tenían ni la autoridad, ni la enerjia necesaria para llevar á cabo lo que prometian, me hacian la impresion de ser unos viles cuyo único y solo interés era sacar dinero. Por tal razon; yo me habia declarado desde el principio en contra, advirtiendo

que no se metieran con ellos, é insistí en que el Emperador tratase con personas de más categoria.

No teniendo, pues, mucha fé en el buen éxito de la fuga, obtuve al fin del Emperador la promesa de mandar por el Baron Magnus y otros ministros estranjeros como tambien por algunos abogados de Méjico, y me ofrecí, ir yo misma á traerlos.

Temiendo que el jeneral Márquez mandara á arrestarme en aquella capital, hice que el Emperador le escribiese la siguiente carta.

"Querétaro Mayo 20 de 1867.

Mi querido jeneral.

La dadora de estos renglones es la princesa Salm que ha tenido la bondad de prestarse para ir á México, con el fin de arreglar unos negocios de familia que son de suma importancia, y á hablar al mismo tiempo con los abogados que deben ser mis defensores.—V. proporcionará á la princesa, durante su permanencia en Méjico y para que vuelva á Querétaro, todo lo que necesite llenando en todo sus deseos.—Su afectísimo.

MAXIMILIANO."

Me dió al mismo tiempo una carta para el Baron de Magnus publicada por mi marido y dos cartas para los abogados Riva Palacio y Martinez de la Torre, como tambien unas líneas para el Padre Fischer acompañando la siguiente carta concerniente á su dinero particular, que debia traerle.

Publico dicha carta, porque el dinero mencionado en ella ha desaparecido, sin que nadie pueda decir en qué manos se ha estraviado.

Querétaro Mayo 23 de 1867

Por la presente ordeno á V. se sirva recoger las cantidades siguientes que me adeudan de la lista civil á saber:

Mesada correspondiente á Mayo último.....	10.000
Por los gastos de la casa que me acompaña en dicho mes.....	1.500
Mesada de Abril.....	10.000

A la vuelta.....	21.500
------------------	--------

De la vuelta.....	21,500
Gastos de la casa.....	1,500
Parte de la mesada que corresponde á los 15... primeros días de Mayo.....	5,000
Idem gastos id.....	750
Total	28,750

Además de esta suma arreglará V. con el Ministro de mi casa don Carlos Sanchez Navarro, que el saldo ó sobrante de la que se me asigna de diez mil pesos mensuales para gastos de mi casa, una vez pagados estos en los dos meses y medio arriba expresados se agregue á la mencionada de \$28,750, y el todo lo entregará V. al cónsul de Prusia en Méjico don Estéban Bencoke, arreglando con él si es posible el que por su valor dé libranzas á favor del comandante de la Corbeta Elisabeth D. W. Groveler á Veracruz, cuyas libranzas le remitirá á este con toda seguridad el mismo Sr. Deneoke.

Querétaro, Mayo 29 de 1867

MAXIMILIANO.

Al secretario del Gabinete, Don Agustín Fischer.
Temiendo mayores dificultades de parte de Porfirio Diaz, más que de Márquez, me dirijí al jeneral Escobedo, para exponerle los motivos que me impulsaban á ir á Méjico, y me dió las siguientes líneas:

Querétaro, Mayo 31 de 1867.

Sr. jeneral D. Porfirio Diaz.

Tacubaya.

Muy estimado amigo y compañero:

La Sra. Salm Salm pasa para Tacubaya enviada por Maximiliano para abreviar la venida de los defensores que ha nombrado. A esta Sra. que presentará á V. una carta, atendido su sexo, me he permitido recomendarla no dudando la atenderá V. convenientemente.

Sabe V. la estimacion con que soy de V. su afectisimo amigo y compañero que mucho lo aprecia y B. S. M.

M. ESCOBEDO.

Ya estaba todo listo para mi marcha, cuando inesperadamente me vino de parte de mi marido un impedimento grave

siendo así que su plan de fuga habia madurado tanto que el 2 de Junio debia ponerse en ejecucion. Ahora, si la empresa tenia buen éxito, entonces mi viaje para Méjico habria sido inútil; y en caso que la fuga no pudiese efectuarse, ó si los que tenian alguna parte en ella, fuesen cogidos ó heridos, entonces mi presencia en Querétaro podria ser de gran provecho. Tuve con mi marido una pequeña escena delante del Emperador, la que concluyó con que accedí á su voluntad y diferí mi viaje.

Como habia tenido tanta prisa para marcharme, debia temer que se investigara por los motivos de mi demora y que tal vez se formasen sospechas; así, fué preciso hallar un pretexto cualquiera. Para este fin, finjí á Escobedo abrigar grandes temores de que Porfirio Diaz tal vez no respetara su carta, me detuviera ó aún me enviase fuera del país; por cuya razon le suplicaba me procurara del Presidente Juarez el permiso de ir á Méjico y de volver. Aunque Escobedo me aseguraba firmemente que su carta bastaria completamente, insistí en mi determinacion, y el jeneral hizo lo que yo queria; encojiéndose de hombros y meneando la cabeza, mandó un telégrama al Presidente en San Luis, y yo no podia marcharme antes de que viniese la respuesta.

El Emperador, estando en la creencia de que me habia marchado á pesar de las objeciones de mi marido, se sorprendió mucho al volverme á ver, y cuando le conté lo que habia hecho con Escobedo, se divertia mucho y dijo riéndose: "De veras, mi querida princesa, si alguna vez llego á estar libre, la hago á vd. mi ministro de negocios estranjeros."

El 2 de junio recibió el Emperador un telégrama de Méjico, anunciándole que el Baron Magnus y los dos abogados se habian puesto en camino para Querétaro. En consecuencia, se difirió la fuga, y mi viaje para Méjico ya no tenia alguna utilidad.

En aquel tiempo residia en Méjico un letrado americano, Mr. Hall, quien tenia que arreglar con el gobierno liberal de Méjico algunos negocios para el Sr. Halyday en Nueva York. El Sr. Hall era nativo de California, hablaba el castellano perfectamente, era un excelente jurisconsulto y conocia las leyes mejicanas muy bien.

Recomendé á dicho señor al Emperador, quien, despues de haberle visto, se resolvió á tomarle de defensor junto con los abogados mejieanos.

El Sr. Bahnsen no se sentia bien en Querétaro, desde que temia que por una fuga del Emperador, sea que se lograra ó solamente que quedara intentada, pudiera tener disgustos con el gobierno liberal; y por tanto, se marchó para San Luis un poco despues de mi vuelta.

Apenas hube llegado á Querétaro, traté de persuadir al Emperador para que enviase un correo ó un despacho telegráfico al gobierno de los Estados Unidos en Washington para solicitar su proteccion. El Emperador aceptó mi idea y encargó al Sr. Bahnsen la pusiese en práctica. Este dijo poco despues al Emperador, delante de mí y de mi marido, que lo habia hecho; pero en Washington no se ha recibido semejante telégrama; y el mismo Emperador se admiraba á menudo de no recibir alguna contestacion.

Entre la jente que se habia empleado para los preparativos de la fuga, se encontraba un ex-teniente de los liberales, quien inmediatamente despues de haberse marchado el Sr. Bahnsen, se largó con dos mil pesos que le habian sido confiados. Mandé luego un telégrama al Sr. Bahnsen, pidiendole que hiciese detener al ladron; pero solo recibí en contestacion los siguientes renglones anónimos: "Vuestros amigos en San Luis desean que no los comprometais con telégramas, como lo habeis hecho hoy."

El ladron habia estado en casa del Sr. Bahnsen, á quien atemorizó á tal grado que no procedió en su contra; y entonces, satisfecho de su obra, se marchó de San Luis con ochocientos pesos, únicos que le restaban de su robo, segun él mismo decia.

Tuve mucha razon para desconfiar de la jente que mi marido empleaba para llevar á cabo su proyecto de fuga, porque, segun mi parecer, no tenian otro interés que el de sacar dinero. Un capitán de caballería, que era tal vez el mejor entre los oficiales que estaban ganados para nuestro proyecto, vino á mi casa á pedirme 500 pesos, diciendo, que si no se le daban en el momento, no se verificaria la fuga; y cuando rehusé dárselos antes de haber hablado al Emperador ó con mi ma-

rido, prorumpió en amenazas. Al saberlo el Emperador, me encargó no darle ni un centavo.

El Judge Hall que conocia completamente todo el plan de la fuga, se habia encargado de tener preparados los caballos que habian sido comprados para el objeto indicado. No sé si el mencionado capitán ha llevado adelante alguna de sus amenazas; pero es un hecho, que el Sr. Hall, lo mismo que otros extranjeros, recibieron algunos dias despues la órden de salir de Querétaro, de suerte que yo tuve que guardar los dichos caballos en la caballeriza de mi casa.

La diligencia en que el Sr. Hall iba para Méjico, fué asaltada; por este motivo envié á su mozo, que era un italiano, á Querétaro con el encargo de recabar por medio de mi influjo una órden de Escobedo para perseguir eficazmente á los ladrones; y al mismo tiempo me pidió uno de los caballos que tenia á mi cargo. Siendo así que Mr. Hall debia saber muy bien que los caballos no me pertenecian y que debian estar listos para un momento dado, no pude creer que él me habia dirijido semejante solicitud, y comprendí que era una suposicion de su mozo. Por tal motivo, no accedí á lo que pretendia y no me sorprendió mucho cuando supe algunas horas despues que él mismo se habia sacado un caballo de mi caballeriza, bajo el pretesto de obrar por órden mia.

Dí inmediatamente parte del sucesó al coronel Villanueva, quien mandó tras él una patrulla que le alcanzó. Puesto en prision, me escribió una carta en que me amenazaba con descubrir todo el plan de fuga que conocia bien por el Sr. Hall, si no le hacia poner en libertad. No hice caso de aquella carta, pero el coronel Villanueva puso á ese bribon en libertad despues algunos dias.

El 5 de junio llegó el Barón Magnus con su canciller, el Sr. Scholler, y con los dos célebres abogados de Méjico. Al dia siguiente se presentaron tambien el Barón Lago con su secretario, el Sr. Schmidt y los encargados de negocios de Bélgica y de Italia, Sr. Horriks, y Sr. Curtopassi.

La llegada de los ministros extranjeros no fué provechosa para el Emperador. Esos señores,—segun me parecia á mí á lo ménos,—no concian absolutamente su posicion para con el gobierno republicano. Puede ser que su modo de obrar y el tono que adoptaban, hayan sido perfectamente correcto

y conformes con su importante posicion, como representantes de grandes potencias; pero parece que habian olvidado una cosa muy esencial, á saber: que no eran ministros cerca del gobierno liberal, sino cerca de un Emperador, á quien aquel consideraba como usurpador, y le hacia formar causa por alta traicion. Olvidaban además que el gobierno liberal hacia muy poco caso de todas aquellas potencias que representaban, sabiendo demasiado bien que de ninguna de ellas podia temer algo, mientras que estaba bajo la proteccion moral de los Estados-Unidos, cuyo apoyo se habia hecho sentir bastante fuerte para echar fuera de Méjico á uno de los príncipes más poderosos de Europa.

Cuando el Baron de Magnus, despues de su llegada á Querétaro, hizo una visita al jeneral Escobedo, este le dió á entender que no podia recibirle en clase de ministro de Prusia, por no haber sido reconocido su gobierno por la Prusia; sino simplemente como al Sr. Magnus, amigo de Maximiliano, y que en tal calidad le facilitaria todo cuanto pudiera desear para adelantar la defensa del prisionero.

Tengo mis razones para creer que el Sr. de Magnus compendia su posicion mejor que los señores sus colegas, y por tarl motivo obraba con más acierto.

Fué convenido en que los dos abogados debian continuar su camino hasta S. Luis Potosí, para ver como estaba el estado de las cosas allí y lo que podian hacer eficazmente en favor de su cliente.

Estando informados de que yo habia hablado con los Srs. Juarez é Iglesias respecto de la causa del Emperador, los dos abogados deseaban saber de mi boca, de qué modo aquellos señores se habian espresado; y el Baron de Magnus me comunicó que querian hacerme una visita para el objeto indicado. Sabiendo que su tiempo estaba muy limitado, creí más conveniente ir yo misma para buscarlos.

Les dije que el Sr. Iglesias parecia estar en una disposicion bastante favorable, y que no le disgustaba la idea de un arreglo, segun el cual las potencias extranjeras se comprometieran á pagar un rescate considerable ó á garantizar la deuda de la guerra de México, si se perdonaba la vida del emperador.

Parece que ni el Sr. de Magnus ni alguno de los otros re-

presentantes de los gobiernos europeos querian creer posible que los mexicanos osarian formalmente fusilar al Emperador, aun en el caso que fuese sentenciado á muerte.

Aquellos señores, embelesados con su dignidad, creian que los mejicanos republicanos no podian absolutamente comprender esa importancia por no tener mas que unas nociones muy inciertas del poder de los estados de Prusia, Austria, Bélgica é Italia, que están mas de mil leguas distantes. Por tanto, que se debia disculparlos, cuando en lugar de verlos con respeto, tal vez *por ignorancia*(?) —estaban mas bien admirados y divertidos de la importancia que se daban los señores representantes y de sus maneras arrogantes. Siendo americana, y por tanto, estraña á las ideas europeas, comprendí á los mexicanos mucho mejor que los señores ministros, que ni siquiera en su imaginacion podian deshacerse del sentimiento de su importancia. Mientras que ellos persistian en la idea de que el gobierno mexicano no osaria cometer una accion que seria condenada y tal vez vengada por todas las potencias europeas, tenia yo el pleno convencimiento de que Juarez y su gabinete no harian algun caso de eso; que la muerte del Emperador era una cosa resuelta, y que solo la fuga podia salvarle.

No era únicamente una idea mia. Habia oido la opinion de mexicanos republicanos que no eran crueles de ningun modo y aun tenian mucha simpatía por el Emperador; todos estaban plenamente convencidos de que seria fusilado.

Cuando yo estaba con el Baron Magnus en el cuarto del Emperador, se hizo mención de la fuga proyectada. El Baron la juzgó por una locura, diciendo que no seria necesario meterse en una empresa tan arriesgada; dando á entender que una fuga seria una accion indigna del Emperador. Tambien tenia una gran confianza en el buen éxito de negociaciones diplomáticas, y parecia creer que, si en un caso extremo fuese necesario apelar á la fuga, todavía sobraba tiempo;—y en cuanto á dinero, parece que, segun el mismo Baron, no valia la pena de ser mencionado, no obstante la importancia del artículo; pues indicaba solo de paso que en un caso preciso habria bastante para sobornar á toda la guarnicion.

Parece que tambien el general Escobedo habia oido hablar de las enormes sumas que los señores ministros estran-

jeros querian meter en los bolsillos de los oficiales liberales con una prontitud apasionada; así es que tuvo á bien aumentar sus medidas de precaucion. Por tal motivo separó á todos los demás prisioneros del Emperador, de Miramon y de Mejía, y triplicó las guardias. Tambien dió la órden de fusilar al momento á cada prisionero, solo por intentar la fuga.

Antes de la venida de los señores ministros era muy fácil llegar hasta el Emperador; pero ahora debia yo, lo mismo que ellos, pedir un permiso peculiar cada vez que queria verle.

El gobierno austriaco y el gobierno belga deben saber mejor que nadie, si sus representantes han obrado segun sus instrucciones; en cuanto á nosotros y á los mexicanos, nos parecia su conducta muy extraordinaria, pero de ningun modo digna de admiracion. Mucho antes de que las tropas francesas comenzaran á retirarse del país, habian hecho cuanto pudieron para disuadir á los soldados extranjeros de que se quedasen en México siguiendo el servicio del Emperador, y se conducian y hablaban como si estuvieran completamente del lado de sus enemigos.

Se ha dicho que el encargado de negocios de Austria y su secretario lo aparentaban así para servir mejor al Emperador; pero debo confesar que era una política muy singular é incomprensible para mí.

El Sr. Horrieks, encargado de negocios de Bélgica, iba en la política indicada tan lejos, que se expresaba públicamente, delante del jeneral Escobedo y de su estado mayor, del Emperador del modo mas inconveniente. Se permitia expresiones que son sinónimos de *tonto*; diciendo que el gobierno estaba en su perfecto derecho de fusilarle. El jeneral Escobedo y los oficiales de su estado mayor de entonces confirmarán la verdad de mi asercion, pues varios de ellos manifestaban hácia mí su indignacion por una política tan cobarde y tan indecente.

El representante de Italia, Sr. Curtopassi, se conducia mucho mejor que sus colegas de Austria y de Bélgica; hacia á lo menos algunos esfuerzos serios de servir al Emperador, y si no lograba su objeto, consistia en que obraba solo con promesas y no con pesos sonantes.—Se dirijió al médico militar mexicano, Sr. Rivadeneira, quien tenia que visitar al Emperador “ex-oficio,” prometiéndole diez mil pesos, si conseguia ha-

cer alojar al Emperador en una casa particular, lo que habiamos deseado hacia mucho tiempo, para que la fuga pudiera efectuarse mas fácilmente.—El médico, que probablemente no habria resistido á la mitad en onzas de oro, no tuvo confianza en simples promesas, y encontró mas ventajoso comunicar á Escobedo la oferta que se le habia hecho.

Lo que se pedia era una cosa muy sencilla y enteramente lo mismo que yo habia solicitado frecuentemente de Escobedo; de suerte que no fué el pedimento en sí lo que llamó la atencion, sino la suma que se ofreció, por la cual se sospechaban algunos pensamientos ocultos y peligrosos; y en consecuencia todas las precauciones se redoblaron.

Ya dije mas arriba, cómo los mexicanos no comprendian la importancia de unos encargados de negocios, y que al principio solo se admiraban y se divertian de su soberbia; pero poco á poco empezaron á enfadarse de las pretensiones que aquellos caballeros hacian y del tono altanero que adoptaban. Yo estaba en buenos términos con todos los oficiales superiores del estado mayor de Escobedo. Mi afecto para el Emperador, el celo que manifestaba para él y el modo con que me conducia, me granjeaban su estimacion; sabia que la mayor parte de ellos me deseaba, aunque solo en secreto, un feliz éxito en mis empeños. De ellos supe muchas cosas ocultas para otros, como, por ejemplo, que la intervencion y el modo de conducirse de los representantes extranjeros, no solo eran estériles, sino nocivos y apresuraban la catástrofe; así es que nada sino la fuga podria salvar al Emperador—esto me fué mas de una vez dicho al oido por mas de uno de aquellos oficiales.

Por tal motivo hablé al Emperador muy seriamente, pero él parecia estar contagiado de la confianza demasiado grande de los representantes extranjeros, los que calificaban mis temores de flaquezas de una mujer tímida, y no miraba el porvenir con ojos tan tristes como lo hacia antes de la llegada de ellos. Mas no pudo dudar de mi sinceridad ni de mi buena voluntad, ni dejar de tener alguna confianza en mi juicio y en mi jénio observativo, lo que le indujo á prestar á lo menos oido á mis propuestas.

Hacia mucho tiempo que me esforzaba en convencerle de la necesidad de tratar respecto de su fuga, no con unos ofi-

ciales subalternos, sino con los jefes. Ya habia ganado á uno de ellos, á saber, al coronel Villanueva, quien tenia el mando de todas las guardias en la ciudad. Villanueva tomaba el mas vivo interes en la suerte del Emperador y consideraba como una desgracia para su país, si su gobierno le mandaba fusilar. Por tal razon estaba dispuesto á ausiliar su fuga. Rehusaba recibir algun dinero para sí, aunque era bastante pobre y tenia unas hermanas que mantener, confiando solo en que el Emperador debería llevarle consigo á Europa y asegurarle su porvenir.

A pesar de todo eso me decia que él solo no podia efectuar la fuga, y que era preciso ganar al coronel *Palacios* quien tenia el mando superior en la misma prision.

Para este objeto pedí la suma de \$100000, que el Emperador debia colocar en el banco del Sr. Rubio, sobre quien se podia jirar en caso necesario, pues dije al Emperador segun mi antigua esperiencia, "dinero efectivo es una cosa absolutamente necesaria, si se quiere tratar con americanos."

El emperador contestó que no importaba nada la cuestion del dinero, puesto que tanto el Baron de Magnus como los demás ministros extranjeros le habian asegurado que sumas de cualquier importe que fuesen, estaban á su disposicion.

Era en efecto una cosa rara! Al fin de cada palabra estaba pegada una onza de oro,—pero en las yemas de los dedos ni siquiera un miserable peso! Bien se puede comprender que me impacientó y me llenó de indignacion solo el pensar que *por esa miserable mezquindad de los representantes extranjeros ha muerto el Emperador!*

Era una desgracia que el Baron Magnus se hubiese ya marchado para S. Luis Potosí, pues es probable que él mas que cualquier otro se habria procurado dinero. Los dos abogados en San Luis le habian llamado por el telégrafo, por haber vislumbrado alguna esperanza de que el gobierno se inclinase á un arreglo. El Emperador no quiso separarse de él como él mismo me decia delante del Dr. Basch, por tener mas fé en el Sr. Magnus que en cualquier otro de los demas representantes extranjeros, y porque deseaba tener un hombre de confianza á su lado, y cuando le hice la observacion que no se podia hacer nada sin dinero, mandó llamar al Sr. Baron de Lago, el encargado de negocios de Austria, quien no se

habia dejado ver hacia dos dias. El buen Baron pertenecia segun creo, á la raza demasiado esparcida de las liebres, aunque habia sido de parecer que *no se podia* fusilar al Emperador, se habia vuelto en los últimos dias notablemente tímido y temia ya que los "bribones" republicanos no solo fusilarian al Emperador, sino aun á su persona sagrada.

El pobre Emperador estaba en efecto en una situacion muy apurada, y lo sentia. Cuando le dije que los coroneles extranjeros, y entre ellos mi marido, tendrian que salir dentro de poco tiempo de Querétaro, y que entonces yo me veria precisada á partir con él, se afectó mucho y me dijo: V. es la unica persona que ha hecho efectivamente algo por mí. Cuando V. se haya ido, entonces estaré de veras abandonado! Para evitarle este dolor, mi marido convino conmigo en que presentaria su despacho de jeneral, con el fin de quedarse en Querétaro.

Ya estaba acercándose el dia en que el Emperador, Miramon y Mejía tenian que comparecer delante del consejo de guerra que debia celebrarse en el Teatro, cuyo edificio estaba compuesto para este objeto, como si fuese para una fiesta. No pudiendo soportar la idea de que el Emperador, débil y enfermo como estaba, quedaria espuesto á la vista pública hice cuanto pude, en la víspera del consejo de guerra, para persuadirle á no ir allá y á tomar para este fin en la mañana algun medicamento que le hiciese aparecer mas enfermo de lo que estaba en efecto. Tampoco le agradaba á él la idea de presentarse en el Teatro; mas temia que le obligaran con la fuerza; sobre este punto pude tranquilizarle, por haber ya acordado todo con el coronel Villanueva.

Quando llegué á las nueve de la otra mañana al Convento de las Capuchinas, los reos salieron y se encaminaron hácia el coche que les esperaba; mi corazon latia de miedo de ver tal vez tambien al Emperador; pero habia seguido mi consejo y no vino. El jeneral Miramon tenia un aire alegre y risueño, como si fuese al baile, mientras que el pobre Mejía estaba muy abatido.

Entregué al Emperador una carta de mi marido en la que le rogaba encarecidamente no perder mas tiempo en espe-

ranzas fútiles, sino que desde luego se preparase para la fuga, cuyo plan esplicaba en la misma carta.

Entonces comuniqué al Emperador que ya habia arreglado todo con Villanueva, de manera que este debía conducirle fuera de la prision, donde estaria lista una escolta de 100 hombres para acompañarle á la Sierra Gorda, y de allí hasta a costa.

El Emperador aprobó el plan, pero insistia en que yo le siguiera de cerca y á caballo, junto con el Dr. Basch, puesto que temia ser traicionado y tal vez asesinado por la propia escolta; y para prevenir tal crimen deseaba tener á su lado á una señora, cuya presencia quizás impondria á los que atentaran contra su vida.

Dije despues al Emperador que me habia comprometido á ganar al coronel Palacios, quien estando encargado de la guardia del Convento se paseaba todas las noches delante su cuarto para cumplir plenamente con su deber; pero no dejé de advertir que, á fin de lograr mi objeto era preciso tener dinero á mi disposicion.

El Emperador vió al fin su posicion en su verdadera luz y estaba bastante arrepentido de haber dejado pasar tanto tiempo inútilmente sin haberse procurado el dinero necesario. Aunque no tenia absolutamente nada, me dijo sin embargo que haria los últimos esfuerzos para encontrar los medios necesarios.

Cuando le volví á ver, le encontré desesperado. No podia obtener el dinero necesario para sobornar á los oficiales; y para suplirlo me ofreció dos letras de cambio, cada una de cien mil pesos, jiradas sobre la casa imperial y la familia imperial en Viena, prometiendo al mismo tiempo mandarme, precisamente hasta las nueve de la noche, cinco mil pesos, cuya cantidad se necesitaba, sea para entregarla á Palacios para los soldados, ó para que yo misma la distribuyera entre ellos.

Hasta aquel tiempo no habia hecho todavía ninguna revelacion al coronel Palacios, y solo Villanueva y yo habiamos convenido en que yo saliera de la prision á las ocho de la noche, y cuando Palacios como de costumbre, me acompañaba le deberia detener hasta las diez.

No vivia entonces en un hotel sino en una casa particular

perteneciente á doña Pepita Vicentis, viuda de un señor del partido nuestro, muerto durante el sitio.

El jeneral Echeagaray vivia en la misma casa. Aquella señora anciana era muy buena para con nuestros prisioneros, á tal grado que asistia de balde á quince de ellos, durante su cautiverio.

Me quedé con el Emperador hasta las ocho de la noche y tuvimos una conversacion muy larga y muy interesante. S. M. me dió á conocer los cuidados y pesares secretos que tenia; me inició en las relaciones íntimas de su familia manifestándome sus proyectos para el porvenir, en caso que volviese á Europa. Hablaba con la mayor ternura de su madre para quien me encargaba muchas espresiones y otras cosas en el caso que yo sola viniese á Viena.

Esta conversacion me enterneció mucho y tuve el vago presentimiento de que veia al Emperador por la última vez.

Cuando eran cerca de las ocho, el Emperador me dió su anillo para sellar, encargándome que si mis empeños con Palacios quedaban estériles, este mismo coronel lo devolviera en la misma noche.

Me despedí del Emperador con mi corazon oprimido y con poca esperanza: tenia sobre mí una tarea sumamente difícil y me encontraba solo con medios muy insuficientes para llevarla á cabo—á saber, con dos hojitas de papel, cuya significacion apenas podia comprender la persona con la cual tenia que tratar.

El coronel Palacios es un indio que sabe apenas leer y escribir; pero es al mismo tiempo un soldado valiente; se habia distinguido en varias ocasiones y habia sabido granjearse la confianza particular de sus superiores que le empleaban de *capitan preboste*, el que, segun el diccionario de la lengua castellana, es el oficial nombrado para formar causa á los malhechores y conducirlos al suplicio. Tiene una mujer jóven, que hacia poco le habia dado á luz un niño que amaba mas que á sí mismo. No poseia ninguna fortuna, y por tanto yo abrigaba la esperanza de que con asegurar á su hijo su porvenir, le haria entrar en mis proyectos.

El coronel me acompañó á mi casa, y entonces le convidé á pasar á mi sala. Empezé luego á hablar del Emperador, para saber cuál era su opinion acerca de él, ó si yo podia

abrigar alguna esperanza de un buen éxito en mis empeños.

Me dijo que había sido un gran enemigo del Emperador; pero que desde que le custodiaba y presenciaba que su conducta en la desgracia era tan buena y tan noble, y desde que veía frecuentemente sus buenos ojos azules, sentía hácia él no solo el mayor interés, sino cierto afecto y mucha admiración.

Después de esta conversacion que solo servia de introduccion y duraba poco mas ó menos veinte minutos, me hice, aunque temblando, el ánimo de hablar del asunto que me importaba.

Fué en efecto un negocio de la mayor importancia, de que dependia la vida ó la muerte de un hombre bueno y noble, quien me honraba con su amistad, y era mi Emperador. Dije que tenia que darle parte de un asunto de la mayor importancia, tanto para él como para mí; pero antes de hacerlo, me deberia no solo empeñar su palabra de honor y de caballero, sino jurar por la vida de su mujer y de su hijo, que jamás descubriria á nadie lo que le diria, aun en el caso de que no condescendiese con mis proyectos.

Me dió la palabra de honor que le pedí, y prestó el juramento mas solemne por la vida de su mujer y de su hijo, que amaba mas que todo en este mundo.

Entonces le dije: que no me cabia duda de que el Emperador seria condenado á muerte y fusilado, si no se fugaba; no negó la certeza de aquella apreciacion. Seguí diciéndole que tenia ya preparado todo para la fuga, la que debia efectuarse en la misma noche, en caso que él consintiese en disimular por unos diez minutos; que sin él no podia hacerse algo, puesto que estábamos todos en sus manos, y de él solo dependia la vida del Emperador; que únicamente por lo apremiante de la actual situacion me veia en la precision de hablar francamente con él. Llegué al punto mas delicado, el del dinero, y lo traté de la manera siguiente: Sabia, dije, que él era pobre; que tenia una mujer y un hijo, cuyo porvenir era muy inseguro en los actuales tiempos de turbulencia; y que no se presentaria otra vez una tan buena oportunidad, como ahora, para asegurarles un sustento por toda su vida, pues siendo así que se le ofrecia una libranza de \$100,000, girada sobre la Familia Imperial de Austria, además unos 5,000 pesos en

efectivo, cuya cantidad se le entregaria inmediatamente para su tropa. Conitnué diciendo: que lo que se le proponia, no era absolutamente en contra de su honor, puesto que con aceptarlo solo serviria á su patria del mejor modo que podia, pues la muerte del Emperador llamaria á todo el mundo en armas contra México; mientras que si se protejia, la fuga de manera que saliese del país, ninguna potencia europea se mezclaria mas adelante en los negocios interiores de México. Hablé aun mucho mas; y á todo prestaba mucha atencion. Ví bien en su rostro el que estaba demudándose continuamente, que sostenia una fuerte lucha consigo mismo.

En seguida tomó la palabra; poniendo la mano sobre el corazon, me aseguró que sentia de veras el mayor interés por Maximiliano y que en efecto creia que seria lo mejor para México dejarle escapar; pero que no podia resolver en cinco minutos una cosa tan importante, y que de ningun modo aceptaria la dicha libranza, aun en el caso que consintiese en la fuga.

Sin embargo, la tomó en la mano y la miraba con curiosidad. Probablemente el indio no podia familiarizarse con la idea de que un tan pequeño pedacito de papel con algunos garrapatos daria la seguridad de una vida sosegada para su mujer y su hijo: un bolsillo con oro habria hablado un lenguaje mucho mas persuasivo.

Me devolvió la libranza, diciendo *no*, que no podia aceptarla; que reflexionaria en la noche y me diria el resultado al otro dia en la mañana.

Le mostré el anillo del Emperador diciéndole lo que significaba y le rogué lo entregase al Emperador aun en la misma noche. Lo tomó, se lo puso al dedo; después de un rato se lo quitó diciéndome que no podia aceptarlo, y que debia meditar todo maduramente. Se confundia hablando de su honor, de su mujer y de su hijo.

“Veo ahora, coronel, le dije, que vd. no ha resuelto todavía. Medítelo vd. bien y recuerde su palabra de honor y su juramento. Vd. sabe que nada puede hacerse sin su auxilio, y que seria enteramente inútil descubrirme.”

El coronel Villanueva que estaba naturalmente muy ansioso de saber inmediatamente el resultado de mi conversacion, se presentó luego, y un poco mas tarde vino el Dr. Basch —pe-

ro sin 5,000 pesos, para informarse del éxito de la conferencia. Luego que Palacios se hubo ido, dije al doctor que la fuga no podía efectuarse esa misma noche, pero que al día siguiente tendría una certeza, y que entretanto no dejara de tener alguna esperanza. Al mismo tiempo entregué al doctor el anillo del Emperador.

Parece que Palacios meditó sobre mis proposiciones hasta la media noche. Después tomó su resolución; fué á ver á Escobedo y le descubrió todo.

Antes de levantarme en la mañana, mi casa estaba ya cercada de guardias. Todo el mundo tuvo permiso de entrar, pero el que salía era arrestado. Esta suerte tuvo el Dr. Basch, quien sin sospechar algo de malo, vino enviado por el Emperador que temía me estafasen aquellas dos libranzas, con el fin de presentarlas, cuando ya estuviera fusilado. A efecto de frustrar semejante engaño, me mandó el siguiente papel escrito de su propia mano, el cual agregó en el original como autógrafa.

“Querétaro, Junio 13 de 1867.

Las dos letras de cambio de cien mil pesos cada una, que he jirado con fecha de hoy en favor de los coroneles Palacios y Villanueva, para ser pagadas por la familia imperial de Austria en Viena, son solamente válidas desde el mismo día en que me hallare completamente en salvo por el auxilio de los dichos coroneles.—Maximiliano.”

Dos criados del Emperador vinieron con el mensaje de que deseaba hablarme al momento. Supe ya que Palacios había faltado á su palabra de honor y á su juramento, y que el Dr. Basch había sido arrestado, porque un oficial del Estado mayor me lo comunicó en una nota que destruí luego.

Me preparaba para salir fingiendo que todo lo ignoraba. Al salir de la casa, se me acercó el general Refugio Gonzalez con una sonrisa maliciosa, diciéndome que el general Escobedo deseaba verme sin pérdida de tiempo. Le contesté que ya estaba para hacerle una visita.

Hacia algun tiempo que el cuartel general había sido trasladado de la hacienda de Hércules á la ciudad y se encontraba solo á unos pocos pasos de mi casa en la misma calle.

Al llegar allí fuí introducida á una gran sala de recepción, donde encontré muchos oficiales. Algmos de ellos parecían

estar de muy buen humor, como si esperasen una escena interesante; otros me miraban con cierto interés; y uno me dijo al oído: “todo se ha perdido.”

Después de algun rato vino Escobedo. Tenia un aire tan sombrío como un nubarrón y dijo con tono sarcástico: que el aire de Querétaro no parecía serme saludable, porque era en efecto muy malo.

Le aseguré que jamás me había sentido con mejor salud; pero él insistió en que yo tenia un semblante muy enfermo, y que por tal motivo había dado la órden de poner un coche y de tener lista una escolta para conducirme á San Luis Potosí, donde me sentiria mucho mejor.

Le dije que no tenia ganas absolutamente de ir allá y que le agradecía mucho sus atenciones.

Ya no pudo aguantar por mas tiempo, y prorumpió en cólera, diciendo: que encontraba muy mal hecho de mi parte y contrario á todo sentimiento de gratitud y de honor, que, después de las bondades que me había mostrado, yo había tratado de sobornar á sus oficiales, poniéndole en una posición sumamente penosa.

“No he hecho nada, jeneral, le contesté, de que tenga que avergonzarme, y que vd. mismo en mi posición, no habria dejado de hacer lo mismo.”

“No queremos hacer averiguaciones, señora, pero deseo que vd. salga de Querétaro.”

“Vd. no ignora general, respondí, que estoy ahora completamente impotente y que el Emperador está perdido. Pero mi esposo está aquí esperando que le formen su causa; por tal razon le ruego que me deje aquí. Métame vd. á la cárcel, ó mándeme poner centinelas de vista: le ofrezco á vd. estar quieta.”

El jeneral no quiso oír nada; estaba demasiado incómodo y dijo: que segun lo que yo había hecho hasta ahora, no podia estar seguro de que yo no asesinase á sus oficiales.

Esto me indignó, y le contesté que no tenia razon alguna para pensar tal cosa de mí, aunque yo deseaba salvar á mi esposo y al Emperador.

Su contestación fué que me fuese, bien escoltada, á hablar por sus vidas al Presidente en San Luis, pero que no podia quedar aquí; y agregó diciendo que yo no era la única

persona que habia de salir de Querétaro, pues ya los ministros extranjeros habian recibido la misma orden.

"Pero, jeneral, repliqué, le aseguro á vd., que los ministros no tenian que hacer ni lo más mínimo con mi proyecto; y nunca se habrian atrevido á apoyarlo."

"Lo sé; dijo desdeñosamente, y justamente porque son tan cobardes, deben largarse cuanto antes."

"Pero, jeneral, contesté, el Emperador queda entonces completamente abandonado y no tiene á nadie que le asista en sus últimas disposiciones."

"¿En qué pueden unas viejas, servir á un hombre?" exclamó, "bonita jente, son esos embajadores! Dos de ellos ya se han huido, abandonando todo su equipaje."

Esos dos representantes tímidos eran, por supuesto, el de Austria y el belga. Todos los oficiales de Escobedo se mofaron de ellos, y el mismo jeneral me dijo despues en México, "que si uno de esos menguados le hubiese pedido el permiso de ver al Emperador para despedirse de él, no lo habria denegado." Pero esos caballeros no hicieron ni siquiera una tentativa, y el Baron Lago tenia la cabeza tan completamente perdida que se llevó consigo el codicilo que el Emperador habia añadido á su testamento, sin esperar que éste lo firmase.

Naturalmente no tengo los menores escrúpulos en decir que encontré la conducta de esos caballeros sobremanera miserable; pero en caso que ellos ó cualquier otro pusiera en duda que el jeneral Escobedo se haya expresado tan poco diplomáticamente respecto de esos diplomáticos, me refiero al mismo jeneral, quien, creo, no es hombre para negar lo que ha dicho, y también á todo su Estado mayor, principalmente al coronel Doria.

Al fin conocí que, por lo primero, no pude hacer otra cosa que conformarme, y salí de la casa de Escobedo, no con el mejor humor, como se puede comprender. Ví ya un carruaje con cuatro mulas parado delante de la puerta de mi casa; me dirigí allá, naturalmente pensando que se me dejaria á lo menos tiempo para hacer los preparativos mas necesarios para mi marcha; mas en el momento en que iba á abrir el zaguán para entrar en mi casa, el capitán que me servia de escolta, cerró la puerta estrepitosamente é hizo un ademán, como si quisiese retenerme por la fuerza. Solo al pensarlo me enfu-

recí tanto que me sentí demudar el color; con la velocidad del relámpago tomé en mi mano el pequeño revolver que llevaba siempre en la bolsa, y lo dirigí sobre el pecho del capitán asustado, á quien grité: "capitán, tóqueme vd. solo con un dedo, y vd. será muerto."

El capitán se disculpó diciendo que no pensaba en querer emplear la fuerza; pero que el jeneral Escobedo le habia hecho responsable de mi persona, con la orden estricta de no perderme de vista. Mi contestacion fué invitarle á subir conmigo; porque debía dejarme algun tiempo para hacer mis preparativos y para embaular. El capitán volvió á hacer objeciones; pero llena de cólera le dije con impaciencia que se saliera cuanto antes, porque yo queria y debía subir. Dicho esto, entré en la casa y subí las escaleras, con el revolver en la mano: el capitán siguió tras de mí.

Ante todas cosas quise ganar tiempo, esperando que mientras tal vez aconteciera alguna cosa que diera á todo el asunto un jiro diferente; por tanto, manifesté que ni yo ni mi criada sabiamos empaquetar, pidiendo al capitán el favor de buscar á alguno que lo hiciera.

El pobre oficial ya no sabia qué hacer, y juzgó conveniente mejor volver al cuartel jeneral de Escobedo, para preguntar lo que debía hacer.

Cerca de una media hora despues volvió con una escolta de seis hombres, diciéndome que el jeneral le habia recibido muy mal amenazándole que le mandaria arrestado, si no me hacia salir de la ciudad; que tenia la orden de acompañarme hasta Santa Rosa, al lado de la Sierra Gorda, y de meterme en la diligencia que pasa por allí para San Luis Potosí.

Entonces conocí que una resistencia más prolongada podria tener malas consecuencias y empecé á embaular, cuando un criado del Emperador vino con el mensaje de que S. M. deseaba verme en el momento. Supliqué al capitán que me dejase escribir algunos renglones al Emperador; mas lo rehusó, y el criado tuvo que salir del cuarto.

Induje al capitán á mandar preguntar á Escobedo, si podria despedirme de mi marido; pero también esta gracia me fué denegada, y solo despues de alguna disputa me permitió mandarle algunos renglones que le llevó mi moza india. Salm, no comprendiendo nada de lo que me pasaba, me envió una

esquela bastante imperiosa, dándome la orden de que fuese luego á verle.

Concluido el empaque, subí al coche, seguida por mi camarera Margarita con un baul pequeño, y por mi falderillo.

He olvidado hacer mencion de que el coronel Villanueva habia venido á verme hacia un rato, y que le entregué las dos libranzas mencionadas suplicándole que las devolviese al Emperador, dando al mismo tiempo una explicacion del estado actual de las cosas, tanto á S. M. como á mi marido.

No sé si el coronel trajo al capitán alguna instruccion de parte de Escobedo; pero sucedió que luego que subí al coche, y ya que el cochero iba á arrear, el capitán le gritó. "Al cuartel jeneral."

Al oír estas palabras dí un brinco fuera del coche y encima de Margarita, de Jimmy y del baul y me opuse con toda mi fuerza á ir allá á ver á Escobedo; diciendo que no tenia ningunas ganas de esponerme otra vez á la mofa y sarcasmos de sus oficiales, y que él mismo podria venir á mi casa, si deseaba hablarme.

El capitán volvió con la misma cantinela de sus instrucciones; y yo declaré que solo por la fuerza podria llevarme delante de Escobedo. Al fin el coronel Villanueva se interpuso é hizo que el capitán aguardase hasta que él mismo volviera del Cuartel jeneral. Esto sucedió pronto: yo salí con la mia, subí otra vez al coche y partí de Querétaro.

Me alojaron en Santa Rosa, en una pieza decente, en una hacienda perteneciente á un liberal, cuya familia me trataba con la mayor atencion y afabilidad. En la diligencia que pasó por allí en la próxima mañana, encontré ya dos asientos tomados para mí y un oficial vestido de paisano. Ese caballero se contentaba con no perderme de vista; nunca habló ni una sola palabra conmigo; de suerte que ninguno de los demás pasajeros pudieron sospechar siquiera que habia una cierta relacion entre los dos.

Hasta entonces habia yo estado naturalmente incomodísima contra el jeneral Escobedo; pero reflexionando bien en lo que yo trataba de hacer y que no era nada condescendiente, debo reconocer, con el mayor agradecimiento, que he sido tratada de veras con la mayor cortesía y consideracion, no solo por el jeneral Escobedo, sino por el mismo Sr. Juarez y por

sus ministros; en una palabra, con raras escepciones, por todos los mexicanos con quienes estuve en contacto. Aún en los Estados Unidos, donde las señoras disfrutaban unas prerogativas considerables, habria indudablemente sufrido, en igualdad de circunstancias, un trato muy diferente; y estoy cierta de que varias señoras confederadas confirmarán mi aserto.

A nuestra llegada á San Luis Potosí, desapareció mi guarda. Me alojé en un hotel y mandé llamar al Sr. Bahnsen, quien tuvo la bondad de ofrecirme su casa. Quise hablar al presidente, aun en la misma noche; pero recibí la orden de presentarme en la mañana siguiente: mas cuando fuí le hallé tambien demasiado ocupado para recibirme, y me mandó al Sr. Iglesias, á quien conté todo cuanto habia motivado mi destierro para San Luis.

El Sr. Iglesias dijo: que no ignoraba que habia en Querétaro hartos bribones que se podrian cohechar; dejando al mismo tiempo entender que mi proyecto habria tenido buen éxito, si hubiese tenido dinero efectivo en lugar de papel.

Cuando le supliqué en el curso de la conversacion, que me dijese con toda franqueza, si él mismo no se habria alegrado en su interior cuando hubiera sabido que el Emperador se habia escapado, contestó sonriéndose que en efecto habria sido así.

Hablé con él sobre la situacion de mi marido, y de los temores que tenia respecto de él, preguntándole si era absolutamente imposible obtener para mí el permiso de volver á Querétaro, á lo menos con el fin de estar cerca de él. El Sr. Iglesias me dió el consejo de esperar hasta la ejecucion del Emperador; mas no pudiendo resistir á mis instancias de ver al Sr. Juarez, me citó para las cinco de la tarde.

Aunque habia hecho de mi parte cuanto pude para salvar al Emperador, el Sr. Juarez me recibió como de costumbre. Yo misma empecé á hablar de eso, á lo que me dijo que sabia todo, esquivando una respuesta á la misma pregunta que habia hecho al Sr. Iglesias; pero en todo se dejó traslucir que la fuga del Emperador no habria sido una cosa enteramente desagradable para él.

El Sr. Juarez me dijo que debia resignarme á quedar en San Luis, bajo vijilancia. Al hablar de mi marido y del Emperador, el presidente me manifestó que tenia algunos temores de

no poder hacer nada por el último, pero que, en cuanto á mi marido, podía yo estar enteramente tranquila respecto de la suerte que le tocara, pues aunque no pudiera hacerse nada por el momento y tal vez recayese una sentencia de muerte, me empeñaba su palabra de honor que no sería fusilado.

El Emperador había sido condenado á la pena de muerte mientras que yo estaba caminando, y debía ser fusilado dentro de tres días. El Sr. Barón de Magnús estaba en S. Luis cuando llegué: salió de la última audiencia que obtuvo del presidente con la convicción de que no se podía salvar al Emperador; pero con todo, solicitó una suspensión de la ejecución por unos tres días, á lo que el presidente accedió, únicamente como decía, porque el Sr. Magnús lo deseaba y para que no se pudiera culparle de una precipitación inusitada ó de un rigor extraordinario, aunque no podría en nada alterarse la misma sentencia: el ministro de Prusia estaba tan plenamente convencido de esto, que al marcharse á Querétaro, llevó consigo á un médico de S. Luis, con el fin de hacer embalsamar al Emperador.

Durante todos estos días yo estaba casi fuera de mis sentidos: de día y de noche revolvía el pensamiento de si no habría alguna posibilidad de salvar al Emperador. Veía varias veces al Sr. Iglesias; pero cada vez que me separaba de él, me iba con la firme convicción de que nada podía salvarle. Mas como la esperanza nunca muere, traté de ganar otra suspensión por ocho días, hasta que hubiera recibido una respuesta del Presidente Johnson, á quien conozco muy bien: pensé rogarle por medio del telégrafo de Brownsville que protestara de nuevo y con más energía contra la ejecución del Emperador. Pero tanto el Presidente como el Sr. Iglesias me dijeron que no podía concederse de ninguna manera otra suspensión; el primero estaba muy arrepentido de haber condescendido con el Barón Maguós, siendo así que principalmente los extranjeros le echaban en cara á él, "el Indio," la crueldad de haber prolongado intencionalmente la agonía del Emperador.

Llegó la víspera de la ejecución; en la próxima mañana el Emperador había de ser fusilado. Aunque tuve poca esperanza, sin embargo quise hacer otro esfuerzo para enternecer el corazón de aquel hombre, de quien dependía la vida del Emperador, cuyo rostro pálido, y cuyos ojos azules y melancóli-

cos que habían hecho una impresión aún en el mismo Palacios, me estaban mirando continuamente.

Eran las ocho de la noche, cuando fui á ver al Sr. Juárez quien me recibió al momento. Estaba muy pálido y parecía padecer mucho. Con labios temblorosos imploré la vida del Emperador, ó á lo menos una suspensión de la ejecución. El Presidente dijo: "que no podía conceder ninguna suspensión, para no prolongar la agonía del Emperador, quien debía morir en la mañana del día siguiente."

Al oír estas palabras terribles, no pude dominar mi dolor. Temblando y sollozando caí de rodillas. Rogaba con ardientes palabras que provenían del corazón, y que en este momento no recuerdo.

El presidente hizo esfuerzos para alzarme; mas abarqué sus rodillas y no quise levantarme, hasta que no me concediera la vida del Emperador; pensé que debía ganársela luchando. Ví que el Presidente estaba conmovido: tanto él, como el Sr. Iglesias, tenían los ojos humedecidos de lágrimas. Me dijo con voz baja y triste: "Me causa verdadero dolor, señora, el verla así de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuviesen en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida." "No soy yo quien se la quite; es el pueblo y la ley que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida á él, y aún pediría la mía también."

"¡Oh! exclamé desesperada, si ha de correr sangre, entonces tomad mi vida, la vida de una mujer inútil; y perdonad la de un hombre que puede hacer aún mucho bien en otro país."

Todo era en vano. El Presidente me alzó y volvió á repetirme que la vida de mi marido no corría riesgo, que en efecto estaba sumamente comprometido, de suerte que debe ser condenado á la pena de muerte; pero por haber llegado á estimar y admirar mis nobles acciones, lo mismo que los grandes sacrificios que he hecho para salvar al Emperador y á mi esposo, y sintiendo sobremanera no poder concederme todo cuanto le pedía, haría cuanto pudiera en mi favor, y que podía estar segura de que no se tocaría á la vida de mi marido. Salí del aposento bastante agradecida al Presidente.

En la antesala encontré á mas de doscientas señoras de San Luis, que venían igualmente á implorar clemencia para los

tres sentenciados. Fueron introducidas, pero sus ruegos no tuvieron mejor éxito que los míos.

Mas tarde vino la señora de Miramon, conduciendo de la mano á sus dos hijitos. El presidente no pudo rehusar el recibirla: el Sr. Iglesias me contó, que habia sido una escena conmovedora cuando la pobre mujer y sus pequeños hijos inocentes, tartamudeando, imploraban la vida de su esposo y padre. "El Presidente, me dijo, sufría en aquel momento sobremanera, por verse en la dura y cruel necesidad de mandar quitar la vida á un hombre tan noble como Maximiliano, y á dos hermanos. Pero no podia hacerse de otro modo."

La señora de Miramon cayó desmayada, y era preciso sacarla cargada del cuarto.

Las escenas conmovedoras que el Presidente habia presenciado en aquel dia, eran mas de lo que podia soportar. Se retiró á su cuarto y no se dejó ver de nadie por tres dias.

En aquella noche, no pude dormir y me reuní con muchas señoras de nuestro partido en la iglesia para orar.

En el curso de la mañana, vino por el telergrafo la triste nueva de que la ejecucion se habia efectuado; y todo estaba concluido.

En la noche hice una visita á la señora Miramon. Se habia en los últimos dias demudado tanto, que la reconocí apenas. Me dijo que queria quedar algunos dias tranquila en San Luis, á fin de recobrar fuerzas para el viaje á Querétaro, donde queria recoger el cadáver de su marido.

Quise tambien volver á Querétaro, para cuyo objeto no dejé de molestar harto al Sr. Lerdo y al Sr. Iglesias, no dejando pasar ni un dia sin hacerles una visita.

El Sr. Lerdo es la mano derecha del Sr. Juarez y no disfruta solamente su absoluta confianza, sino que tiene tambien la reputacion de ser un gran hombre de Estado. Toda su presencia no es la de un mexicano, pues tiene pelo rubio y ojos azules. Es un perfecto "gentleman" y sumamente cortés.

Yo habia escrito á mi marido, encargándole consiguiese de Escobedo para mí una licencia de volver á Querétaro; la obtuvo, y el Presidente accedió tambien á mi solicitud tantas veces repetida, pero bajo la condicion de que diera mi palabra de honor de no meterme otra vez en alguna empresa para proteger la fuga de los prisioneros.

Llegué el 1º de Julio de 1867 á Querétaro, y me alojé otra vez en casa de la Sra. Vicentis, ausente entonces.

Mi marido, estaba muy pálido, flaco y sumamente impaciente é irascible; cosa muy natural en un prisionero. La muerte del Emperador estaba todavia fresca en su memoria, de suerte que no quiso creer ni en las promesas ni en la palabra de honor del "Indio Sanguinario." No pensaba en otra cosa que en la fuga, cuyo proyecto no quise ni pude proteger, aunque el término para la formacion de su causa se acercaba, y todo el mundo estaba convencido de que seria condenado á la pena capital.

Me fiaba en las seguridades de Juarez, Lerdo é Iglesias, que me habian dicho que él y los demás generales serian condenados á muerte, pero que la vida de mi marido quedaria salva.

Sentia yo que mi marido no supiese dominar su encono y se mostrase tan poco amable para con los oficiales que le servian de guardia, de suerte que no podia pretender algun comedimiento de parte de ellos. Por tal motivo me ponian toda clase de dificultades cuando venia á verle, y los oficiales liberales encontraban un placer particular en esparcir rumores siniestros, á fin de atemorizar á los pocos prisioneros que no trataban de grangearse sus favores.

Mi marido, estando tan preocupado en contra de todo el partido liberal, prestaba mas fé á aquellos rumores que á mis seguridades, y me hizo tambien á mí entonces vacilar en mi fé, de suerte que empecé á tener nuevos temores.

Juzgando por mas conveniente no permanecer en Querétaro durante la formacion de su causa, me volví para la capital el 12 de Julio.

Tambien en México se habia esparcido el rumor de que todos los prisioneros serian fusilados, de suerte que yo y todos los parientes de aquellos estábamos en la mayor ansiedad.

Unas veinte mujeres y hermanas de los prisioneros fueron conmigo á ver al Presidente; mas lo nos recibió, sino que envió al Sr. Iglesias, quien nos comunicó que la ejecucion de los sentenciados habia sido suspendida por quince dias.

El ministro repitió las seguridades que se me habian hecho antes y me aconsejó permanecer tranquila en México, hasta que se hubiera tomado una decision respecto del lugar de confinamiento de los prisioneros, agregando que entonces haria

cuanto pudiera para conseguir que el Príncipe quedase en México. La decision dejó esperarse mucho tiempo, hasta que quedó concluida la revision de los autos de los prisioneros; y entretanto, siguiendo los consejos del Sr. Hube, me quedé otra vez en su casa hospitalaria en Tacubaya.

Al fin vino en el mes de Setiembre la decision que los prisioneros habian de quedarse en Querétaro, hasta nuevas órdenes; inmediatamente me puse en camino y llegué el 8 de Setiembre á Querétaro.

Allí me quedé hasta el mes de Octubre, pasando el tiempo sin alguna novedad, hasta que vino de México la orden de conducir á los prisioneros á sus respectivos lugares de confinamiento.

Mi marido deseaba estar bajo las órdenes de Porfirio Diaz, en quien tenia mas confianza que en Escobedo, y logró, gracias á los buenos servicios del coronel de Gagern, que se le asignase Oaxaca como el lugar de su confinamiento.

Unos pocos dias antes de la marcha de mi marido, se me hizo anunciar, á las nueve de la noche, un señor, un doctor, quien deseaba verme. Le hice introducir en la sala, y me quedé muy sorprendida de ver á un hombre chaparro, trigueño y de aspecto repugnante, quien llevaba un paquete debajo del brazo. Era el doctor *Licea*, el mismo que habia de nunciado á Miramon y habia embalsamado al Emperador, en cuya ocasion se habia conducido con mucha brutalidad.

El objeto de su visita era ofrecirme los vestidos del Emperador y otras reliquias que llevaba consigo; agregando que dichos objetos debian ser de un gran valor para mí, por haber sido una amiga apasionada del difunto Archiduque. Al mismo tiempo me dió como un recuerdo una parte de las barbas de S. M. y la faja de seda colorada empapada en su sangre.

Le pregunté cuánto queria por esas cosas que no podian tener algun valor para él; á lo que me contestó que habria podido sacar más de 30,000 pesos, si hubiera querido venderlas en detal.

Le prometí una respuesta para el dia siguiente; preguntándole al mismo tiempo por el molde de yeso que habia tomado del rostro del Emperador. Me dijo en contestacion que la suma de 15,000 pesos le habia sido ya ofrecida por un señor en

Querétaro, quien tenia la intencion de mandarle á Roma, donde habia de servir de modelo para una estatua.

Es necesario saber que dicho molde habia sido tomado por orden del jeneral Escobedo, con la expresa condicion de que debia ser mandado á la madre del Emperador.

El doctor no volvió; por tal motivo fui yo misma á su casa, acompañada del coronel de Gagern, á fin de tener un testigo de nuestra conferencia. Sacó el molde detrás de sus libros, y pidió por él y las otras cosas la cantidad de 15,000 pesos.

Le dije que conocia á alguna persona que daria probablemente este precio, por cuya razon creia por conveniente que me hiciera una lista de los precios, para poder mostrar el papel; y así lo hizo.

Habiendo vuelto á México hablé con el Almirante de Tegethoff sobre este asunto; éste era de parecer que seria lo mejor tratar de adquirir los referidos objetos para quemarlos; puesto que no serian un regalo muy propio para la madre aflijida.

El Presidente Juarez, á quien presenté despues el dicho papel firmado por el doctor Licea, se indignó de que se hacia un vil tráfico con unos objetos de esta clase, sobre que el doctor no tenia algun derecho, y me aconsejó poner una demanda en justicia delante de los tribunales del país, exijiendo la entrega de dichas cosas.

Lo hice así, y se dió la orden de conducir al Sr. Licea bajo escolta á la capital. Tanto yo como el coronel Villanueva, quien prestó juramento de que el dicho molde habia sido hecho por espresa orden de Escobedo, tuvimos que comparecer delante del tribunal, y la causa seguia hasta que recibí la noticia de que mi marido habia sido puesto en libertad. Quise partir el lunes, más el domingo recibí una citacion judicial de comparecer delante del juez. Temiendo mayor dilacion consulté luego al Almirante Tegethoff, y siguiendo su consejo, no hice caso de la citacion y partí.

Supe mas tarde que se me habia citado para entregarme las cosas del Emperador, en virtud de un fallo del tribunal. No sé lo que ha sido de ellas, mas ciertamente el Almirante, no lo ignorará.

El doctor Licea fué sentenciado á dos años de prision, y

segun creo, tambien á una multa. Abrigo la esperanza de que ni uno ni otro castigo se le habrá perdonado, por haberlos merecido más que sobradamente por su conducta vil.

El camino para Oaxaca, el lugar de confinamiento de mi marido, pasa por México; así es que me fuí á su encuentro en la diligencia, llegando ántes de él á la capital donde tuvo que quedar á lo menos algunos dias.

Ocurria yo todos los dias á Lerdo, á Iglesias y á una multitud de otras personas, para conseguir que la pena de prision se conmutase para él en destierro; y muchas otras personas estaban aún empeñándose para el mismo objeto; pero sin lograr de pronto un buen éxito.

Mi marido, viendo que no podia arreglarse que permaneciese en la Capital, me rogó que hiciera cuanto pudiera para conseguir el permiso de permutar Oaxaca por Veracruz, cuyo punto estaba igualmente bajo el mando de Porfirio Diaz, y de donde seria mucho más fácil fugarse. Tuve mucho trabajo para obtener lo que deseaba; pero al fin, lo conseguí. Mi marido salió de México el 29 de Octubre; pero yo por mi parte me quedé por algun tiempo, con el fin de activar su libertad.

En esta tarea me ayudaban muy eficazmente y de la manera mas afable todos los americanos residentes en México, Unionistas y Confederados; y me siento sumamente obligada hácia el Sr. D. A. G. Percy; además, al corresponsal del "New-York Herald," doctor Skilton y ante todos á Mr. Plumb, el nuevo encargado de negocios de los Estados-Unidos, quien remitió una carta particular de Mr. Seward que conocia muy bien á mi marido, solicitando su libertad. El presidente Johnson, á quien tuve despues una oportunidad de hablar, me dijo que dicha nota habia sido eserita por su orden espresa y en contestacion á las cartas mias que le habia dirigido á él.

Mientras, habia llegado tambien el Almirante Tegethoff quien se interesaba igualmente por la suerte del príncipe. Un dia, en el mes de Noviembre, y antes que mi marido llegase á Veracruz, recibí una carta del Almirante en la cual me felicitaba por la libertad de mi marido, cuya fausta nueva habia sabido en una comida por boca del mismo Sr. Lerdo, quien le dijo que el Presidente acababa de firmar la orden respectiva.

La transmití naturalmente luego á mi marido por medio del telégrafo.

Me preparé sin pérdida de tiempo para ir á Veracruz, á donde llegué el 16 de Noviembre, encontrándome con la noticia desagradable de que mi marido habia tenido que partir en la vispera. Le seguí inmediatamente hasta Europa, me vino á encontrar en Paris, de donde me condujo al sitio de Anholt donde residia su familia, la que me recibió muy afectuosamente, haciendo todo cuanto se puede para hacerme olvidar los dias funestos que habia pasado en el último año.

Jnes, princesa de Salm-Salm.

CORRECCIONES.

Páginas.	Líneas.	DICE	LEASE.
7	26	mis	sus
7	31	de	en
9	6	Ciudadela	Capital
14	14	de los prisioneros de los oficiales	de los oficiales
15	10	un	mi
16	28	recibido	recibida
20	15	parecia	parece
21	16	afectaran	afectaron
25	última re-		de-
32	13	Benecke	Benecke
32	16	Deneoke	
32	17	29	23
35	30	despues algunos dias	despues de algunos dias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



TE